



# SOBRE NUPCIAS Y AUSENCIAS, Y OTROS CUENTOS



LENITO  
ROBINSON-BENT

BC

Biblioteca  
Básica DE  
Cultura  
Colombiana

▪ literatura ▪





**SOBRE NUPCIAS  
Y AUSENCIAS,  
Y OTROS  
CUENTOS**

**LENITO  
ROBINSON-BENT**

**BC**  
- literatura -

*Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia*

Robinson-Bent, Lenito, 1956-, autor

Sobre nupcias y ausencias / Lenito Robinson-Bent ; presentación, Claudine Bancelin. – Bogotá : Ministerio de Cultura : Biblioteca Nacional de Colombia, 2017.

1 recurso en línea : archivo de texto PDF (152 páginas). – (Biblioteca Básica de Cultura Colombiana. Literatura / Biblioteca Nacional de Colombia)

ISBN 978-958-5419-27-8

1. Cuentos colombianos - Siglo XX 2. Libro digital I. Bancelin, Claudine, autor de introducción II. Título III. Serie

CDD: Co863.44 ed. 23

CO-BoBN- a1011889

**Mariana Garcés Córdoba**

MINISTRA DE CULTURA

**Zulia Mena García**

VICEMINISTRA DE CULTURA

**Enzo Rafael Ariza Ayala**

SECRETARIO GENERAL

**Consuelo Gaitán**

DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL



**Javier Beltrán**

COORDINADOR GENERAL

**Isabel Pradilla**

GESTORA EDITORIAL

**Jesús Goyeneche**

ASISTENTE EDITORIAL Y DE INVESTIGACIÓN

**Sandra Angulo**

COORDINADORA GRUPO DE CONSERVACIÓN

**María Antonia Giraldo**

RESPONSABLE DE ALIANZAS

**Talia Méndez**

PROYECTOS DIGITALES

**Camilo Páez**

COORDINADOR GRUPO DE COLECCIONES Y SERVICIOS

**Patricia Rodríguez**

COORDINADORA DE PROCESOS ORGANIZACIONALES

**Fabio Tuso**

COORDINADOR DE PROCESOS TÉCNICOS

**Valentín Ortiz**

ACTIVIDAD CULTURAL Y DIVULGACIÓN

**José Antonio Carbonell**

**Mario Jursich**

**Julio Paredes**

COMITÉ EDITORIAL

**Taller de Edición • Rocca®**

REVISIÓN Y CORRECCIÓN DE TEXTOS,  
DISEÑO EDITORIAL Y DIAGRAMACIÓN

**eLibros**

CONVERSIÓN DIGITAL

**PixelClub S. A. S.**

ADAPTACIÓN DIGITAL HTML

**Adán Farías**

CONCEPTO Y DISEÑO GRÁFICO

Con el apoyo de:

**BibloAmigos**

ISBN: 978-958-5419-27-8

Bogotá D. C., diciembre de 2017

© Lenito Robinson-Bent

© 2010, Ministerio de Cultura – Biblioteca de  
Literatura Afrocolombiana

© 2017, De esta edición: Ministerio de Cultura –  
Biblioteca Nacional de Colombia

© Presentación: Claudine Bancelin

Material digital de acceso y descarga gratuitos con fines didácticos y culturales, principalmente dirigido a los usuarios de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas de Colombia. Esta publicación no puede ser reproducida, total o parcialmente con ánimo de lucro, en ninguna forma ni por ningún medio, sin la autorización expresa para ello.

# ÍNDICE

- PRESENTACIÓN 7

## **SOBRE NUPCIAS Y AUSENCIAS**

- ESPECTROS SOBRE NUDOS Y  
DESNUDOS 25
- LA AGONÍA DE TULIA 35
- DESDE EL OTRO LADO DEL VIAJE 47
- RÉQUIEM PARA VIOLÍN SOLO 57
- LAS BODAS DEL TIBURÓN  
DE PLATA 67
- PUERTAS CIRCULARES  
AL VIENTO 71
- EL VIERNES DEL HIDROAVIÓN 81
- DILE QUE... ME MORÍ DE VIEJA 95
- EL FRATRICIDA ENCADENADO 101
- DUBITACIONES EN CRECIENTE 107
- DIVAGACIONES PARA UNA  
CARTA A NEREIDA DEL MAR 115
- ÚLTIMOS DÍAS DE NOVIEMBRE 127

## **DE *LAS CASAS HUIDIZAS Y OTROS CUENTOS SOBRE FUGAS***

- SOMBRAS GEMELAS CONTRA  
EL MURO 137
- VIAJE A TRAVÉS DE LA  
TRANSPARENCIA 145

## ▪ PRESENTACIÓN

### ▪ LENITO ROBINSON-BENT, UN HALLAZGO AUSENTE

EL PRIMER LIBRO DE LENITO Robinson-Bent, *Sobre nupcias y ausencias*, que ahora se reedita<sup>1</sup>, está lleno de promesas.

Lo escribió en París cuando tenía veintiocho años y había dejado atrás a Providencia, la isla del Caribe, de diecisiete kilómetros cuadrados y cinco mil habitantes. Partió porque quería conocer el mundo como lo hacían muchos hombres isleños, sólo que ellos se iban en veleros hacia puertos sin nombre.

Lenito se fue en avión tras las letras y llegó a La Sorbona, una de las universidades más prestigiosas del mundo.

---

<sup>1</sup> Se refiere a la edición preparada en 2010 para la Biblioteca de Literatura Afrocolombiana. Para esta edición de la Biblioteca Básica de Cultura Colombiana hemos decidido mantener la presentación de Claudine Bancelin.

Fue allí —cuando se le vino la isla encima, con todos sus recuerdos, con todas las nupcias contrariadas y con todas las ausencias— donde escribió entonces la mayoría de los cuentos de este volumen, mientras transcurría 1984 y preparaba un posgrado en Literatura Francesa.

Es temerario escribir de la muerte con renovado ánimo. Lenito lo logra en todos los cuentos. Cada uno de ellos trae lo irreparable, pero al mismo tiempo lo sublime, por cuanto sus palabras han sido concatenadas con deleite, con ritmo.

Su lenguaje cultivado sorprende, en esas islas bilingües, cuya primera lengua es el inglés, que se han caracterizado por sólo poseer un vocabulario básico que les permite a sus habitantes usar los dos idiomas y cambiar de uno a otro con una fluidez asombrosa. El suyo es el caso de alguien con un léxico extraordinario que se desenvuelve en un juego irreplicable de palabras sin uso, lo que constituye una excepción allí.

Robinson-Bent es un escritor privilegiado que escribe en inglés, su lengua materna, o en español, la lengua oficial que habló desde niño. Su primer libro lo escribió en español no por elección, sino por la posibilidad de publicarlo, pues en esa época en Colombia esta era la única manera de que aquello pudiera suceder.

La generación de sus padres se enfrentó a un proceso histórico y drástico de culturización que les impuso el uso del español. Por ello sólo se contrataban en empleos oficiales personas que fuesen católicas y hablaran en español. Por ello también, las iglesias protestantes quedaron

con pocos alumnos en primaria y carecieron de reconocimiento oficial. Surgieron entonces los *job catholics* o católicos por conveniencia. Aunque a la generación de Lenito no le tocó vivir directamente esto, sí le correspondió a la de sus padres. Pero el inglés se seguía hablando en casa, con los amigos. A pesar de dominar ambas lenguas se nota el bilingüismo cuando habla en español con su pronunciación anglosajona que arrastra sin afanes.

La isla de Providencia se va dibujando poco a poco de manera magistral. Los cuentos se hilan uno tras otro como si fuésemos pasando de casa en casa y conociendo los secretos de cada una que se precipitan en un derroche de sucesos. Cada relato está lleno de magia, de revelaciones, de premoniciones, de momentos insólitos, como suele suceder en la realidad de esta isla diminuta donde nació Lenito en 1956.

Sus títulos son un deleite. Su lenguaje refinado presupone horas interminables de lectura y, para sus lectores, el goce.

▪ *LEITMOTIV*

Aparte de la muerte, —que es la principal obsesión temática en estos cuentos— el mar, los marineros tatuados, los nietos criados por abuelos y las ausencias totales, se repiten con variaciones.

El mar moja cada uno de estos relatos, o bien porque forma parte del entorno, o porque trae las sábanas floreadas o el whisky de Escocia que todos beben en la isla, o porque se lleva a los hombres en veleros que buscan otra vida

como marineros en su paso fugaz por puertos de olvido y océanos innombrables. Ese mar, donde se lanzan redes que atrapan peces y lectores, propicia amores que se anudan en cada puerto. Así el amor constituye otro tema recurrente en los escritos de Lenito. Sin él no hay posibilidad alguna.

La orfandad, mas no el abandono total, debido al papel de padres que asumen los abuelos en sus cuentos —y en la vida real de las islas—, es una constante, pues los hombres se van por años o para siempre a remotos lugares, de los cuales no vuelven.

El asombro y el drama aparecen por doquier. En *Espetros sobre nudos y desnudos* es el paso nefasto de la Segunda Guerra Mundial por el Caribe; en el cuento «La agonía de Tulia» es la venganza desde el más allá; en otros, lo indefinido, las vísperas, el suspenso.

Y es que el prodigio y lo sobrenatural como parte de la cotidianidad, van arrastrándose a lo largo del libro, en silencio, soterradamente, como una raíz que crece oculta en un lugar insólito. Esta raíz es el cimiento de las historias que son contadas en cada uno de los cuentos que integran esta edición.

La alegría de la narración no presagia ni finales trágicos ni finales sorprendentes. En ella salen a relucir las supersticiones, los sueños con golondrinas o garzas negras que son anuncio de desgracias, y luego, cuando no hay remedio, los entierros en cualquier patio, como ocurre realmente en las islas.

## ■ PROVIDENCIA

¿Qué tiene esa isla, que impide a Lenito olvidarla?

La historia de Providencia empezó tarde pero fue agitada. Existió por siglos como isla deshabitada. Algunos indígenas misquitos, de la hoy Nicaragua, la visitaban para pescar y coger madera. La cercanía lo hacía posible. La isla de origen volcánico, clima saludable, fértil suelo y agua, fue peleada por muchos, que la habitaron y la olvidaron varias veces.

En 1600 el Caribe estaba infestado de naves europeas. Entre quienes viajaban en ellas, algunos venían a quedarse en América, otros a saquearla, todos a conquistarla, patrocinados por reyes, nobles y poderosos.

En este escenario, llegaron a Providencia, en mayo de 1631, a bordo del *Seaflower*, noventa ingleses puritanos, luego sus esclavos y más tarde sus mujeres. No duraron mucho; los españoles los sacaron a punta de balas de cañón, diez años después. Luego la olvidaron, pero por allí andaba merodeando *sir* Henry Morgan, el temible corsario inglés, que asolaba esos mares y quien se dio cuenta enseguida de que por su posición estratégica, la isla era sitio ideal para esconderse. Entonces la ocupó cuatro años mientras atacaba naves españolas que llevaban oro y piedras preciosas a Europa. Pero como Morgan era hombre de aventuras y de mar, se marchó de la isla dejándosela a familias inglesas que la ocuparon de nuevo y empezaron a sembrar algodón que enviaban a Liverpool. Un siglo y medio más tarde los españoles volvieron para expulsar a los ingleses, pero esta vez los anglosajones pidieron

quedarse y someterse a la corona española. Eran terratenientes y prósperos.

Luego de cuarenta años liberaron a los esclavos; les dieron sus apellidos y otros tomaron sus nombres como apellidos. Lenito adquirió el suyo por descendencia y mestizaje pues, a partir de este hecho, los cruces raciales se incrementaron y fueron vistos como algo tolerable. Casi siempre se dieron entre hombres blancos con mujeres negras. Los ingleses, los africanos, los chinos que llegaron posteriormente y hasta algunos indios misquitos formaron una nueva raza. Por eso en la isla no es raro ver pobladores de piel negra o cobriza, con ojos rasgados de colores azul o verde.

Con estas mezclas también se creó otro idioma, el *creole* del Caribe, que conjuga diversidad de lenguas provenientes de África con el inglés.

Ya habían surgido las *Anancy*, historias que se perpetuaron por la tradición oral y donde los animales salían vencedores, traídas desde el continente negro, que aquí representaban la esclavitud. Eran los preámbulos de la literatura isleña y los relatos que le refirió su abuela para entretenerlo tardes enteras. También le leía cuentos de hadas. Sin embargo, como Lenito estaba ávido de aventuras y a la abuela se le agotaron las narraciones, esta recurrió a los textos de la serie *Royal Star Readers*, usada en esa época en las escuelas de las colonias inglesas, desde África hasta el Caribe, desde Sydney hasta Puerto Stanley. Pero Lenito exigía cada vez más y entonces la abuela, para recuperar algo de tranquilidad, le enseñó a los cinco años a leer en

inglés y, con las historias *Anancy*, a ser ganador aun en la adversidad.

En Providencia la tradición oral ha sido fuerte y una fuente inagotable de relatos de viajes provenientes de hombres de mar, de aquellos que salían a trabajar en la construcción del canal de Panamá o en los aserríos de Centroamérica, quienes a su regreso a la isla entretenían a la gente contando sus experiencias y anécdotas fantásticas.

Años después, Lenito quiso escribir e hizo poesía mientras leía los clásicos. Cuando inició el bachillerato unos franceses llegaron a Providencia y le cambiaron la vida para siempre. Se hizo amigo de ellos y empezó a comprender el nuevo idioma. Cada año regresaron. Mientras tanto, estudiaba sin la ayuda de nadie la gramática y de manera obsesa escuchaba Radio France Internacional y el programa en francés de *La voz de las Américas*.

Lenito también escribía cartas para la gente de la isla que no sabía hacerlo o tenía impedimentos. De allí nace su primer cuento «Dile que... me morí de vieja» que hace parte de este libro.

A los diecisiete años se fue a San Andrés, la isla vecina, para terminar su bachillerato, pues en Providencia no había dónde hacerlo. Cuando iba a graduarse, su padre murió y los planes universitarios se vinieron abajo. Le tocó trabajar en hoteles para sostenerse y, de paso, practicar el francés.

Estaba en una emergencia y buscó una universidad que tuviera facultad de idiomas, reconocida, no costosa, que quedara en una ciudad pequeña y peatonal. La

búsqueda, para muchos en contravía, lo llevó a Tunja. Lenito dio clases de inglés y francés en colegios, se inició como traductor y logró mantenerse a flote. Algunos años después se graduó en Educación y Lenguas Modernas.

Ya había dado un primer paso, pero su meta era La Sorbona. Eso lo tenía claro. Era una meta inconfesable desde segundo de bachillerato. «Más tarde cuando empecé a mencionarlo, todos decían que yo estaba loco, porque me pasaba el día leyendo y cuando me preguntaban qué cosa útil pensaba hacer cuando grande, yo respondía que estudiar en La Sorbona». En su carta de navegación, Tunja era el primer puerto de escala. Así lo ha confesado ahora mientras nos hace un recuento de su vida.

Tocó puertas. Una de ellas, la Embajada de Francia. Al agregado cultural le sorprendió su interés por el francés así que le entregó libros y revistas. Luego se presentó al concurso de becas del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia y se ganó una para estudiar una maestría en Literatura Francesa en La Sorbona de París. Por fin.

Allá vivió en una ciudadela universitaria, en residencias juveniles y en el Quartier Latin, desde donde veía el campanario de la catedral de Notre Dame. Por primera vez en su vida se pudo dedicar al estudio sin pensar en el dinero; pudo comprar libros, viajar y tener boletas de cortesía para ir al cine, al teatro, a las exposiciones de arte y al ballet.

Estuvo en Francia alrededor de año y medio, el tiempo preciso para cursar la maestría y sustentar la tesis de grado: un análisis crítico de *El extranjero* de Albert Camus. Este

autor lo había inquietado desde siempre; sabía que esa lectura era sólo la punta del iceberg y quiso estudiarlo a fondo. En sus momentos libres, escribía los cuentos.

A su regreso se vinculó a la Universidad Incca, en Bogotá, como profesor de Francés y Literatura. A principios de 1988, cuatro años después de su regreso de Europa, la Fundación Simón y Lola Guberek publicó su primer libro, integrado por once cuentos y una carta.

Durante los siguientes años en esta ciudad se dedicó a las traducciones desde una pequeña empresa que montó hacia 1992, cuando retornó a Providencia para terminar la construcción de una casita de madera, que le serviría de refugio ocasional, pero nuevamente quedó subyugado por su isla y se quedó allí hasta 1997.

Ese año fue nombrado profesor de tiempo completo en la sede de la Universidad Nacional de Colombia, ubicada en San Andrés, donde trabajó seis meses. Una llamada le avisó que podía viajar a Canadá como residente permanente, tal como él lo había solicitado al Gobierno para ingresar allí como inmigrante. La decisión no fue fácil. Por un lado le apasionaba el trabajo universitario en la isla. Pero por otro lado, quería explorar nuevos horizontes y visitar otros puertos. Así que optó por ir a Montreal donde trabaja actualmente como traductor.

#### ▪ DESTINOS CRUZADOS

Mis antepasados vinieron de París y se instalaron en el trópico, al contrario de Lenito, que era del trópico y se fue a París. Por ello, el día que lo conocí, me impactó

doblemente el que además compartiera con él el gusto por la literatura. Sucedió una noche cuando, en un alto de su periplo por el mundo, volvió a sus islas para dar a conocer el libro que había comenzado a escribir cuando estaba lleno de ausencias en París y que continuó escribiendo en Amsterdam y en Bogotá.

Me acerqué a oírlo leer sus cuentos y quedé cautivada. Quiso el destino que me ocupara en ese entonces de la corresponsalía de *El Tiempo* y publiqué en el periódico una nota anunciando su génesis literaria y su foto, en la que aparece con sus lentes redondos, su rostro flaco y detrás el mar y las palmeras de Johnny Cay enajenadas por el viento. Esa noche leyó «Dile que... me morí de vieja».

Un poeta nadaísta lo acompañó y les explicó a los oyentes quién era ese otro Lenito que regresaba con un libro bajo el brazo. Presentó su obra en una sala amplia repleta de gente del Banco de la República de San Andrés, en una noche fresca y estrellada. Lenito estaba delgado y con la mirada ausente.

Robinson-Bent fue calificado en ese momento como un hallazgo por el poeta antioqueño Jaime Jaramillo Escobar y en un acontecimiento ilógico, por la pereza de ser lógicos, según explicara el presentador, nació en 1988 un nuevo escritor colombiano y la literatura de San Andrés y Providencia. Este libro fue la génesis de la literatura isleña, porque ningún autor había publicado nada hasta entonces.

Esa noche nuestros destinos quedaron cruzados. Veinte años después se me encomendó buscarlo. Lo hicimos

infructuosamente en las islas, en Bogotá, por Facebook, por los tentáculos de Hotmail. Nadie daba razón de él, pero de repente, luego de varias semanas, alguien recordó: ¡está en Canadá! Estaba ausente otra vez. Se convocaron poetas, escritores, casas culturales, antiguos amigos. Nadie daba razón porque cada cual tenía sus afanes. Un día llamé a un hombre que había sido gobernador y le dije perentoriamente: «necesito que encuentres a Lenito hoy». Poco después, gracias al artificio de la tecnología, hablamos y nos escribimos, sólo que nuestras cartas no se cruzaban en barcos de vela como en los cuentos suyos, sino en el universo de lo virtual, de lo inmediato. Algo quedó claro. De su libro *Sobre nupcias y ausencias* no quedaban ejemplares entre familiares o amigos. Finalmente se consiguió uno en la biblioteca Luis Ángel Arango de Bogotá. Me fue entregado en la escalera de la entrada y copiado rápidamente mientras él, al mismo tiempo, mandaba una y otra vez e inútilmente una copia por Internet que para ese caso, no quiso funcionar.

\* \* \*

Lenito no necesita ir a La Sorbona. Ya fue. Pero su otra pasión, los libros, le sigue persiguiendo. Entre los poetas que le gusta leer en español están el chileno Pablo Neruda, el uruguayo Mario Benedetti, el argentino Roberto Juarroz y el colombiano Darío Jaramillo. Cuando lee en inglés prefiere a Robert Frost y cuando lo hace en francés, a Jacques Prévert.

El escritor alemán Michael Ende lo ha dejado pensativo desde que se metió en su libro de cuentos *La prisión de la libertad*. Entre los escritores canadienses prefiere a Margaret Atwood y Michael Ondaatje.

Su vicio por la lectura lo ha llevado a releer varias veces *El llano en llamas* de Juan Rulfo, *El extranjero* de Camus, la versión inglesa de *Cien años de soledad* con traducción de Gregory Rabassa y todo lo escrito por Marguerite Yourcenar, Marguerite Duras, Alberto Moravia, Italo Calvino, Alejo Carpentier y, como él mismo dice, la lista sigue.

\* \* \*

Su primera obra fue la poesía hecha prosa, a la que no le falta nada y le sobran adverbios. Pero no importa. De alguna manera a todos los de esa generación nos fue difícil resistirnos al embrujo de Gabo. Y Lenito pincela su pueblo de tal manera que después de leerlo uno vislumbra que Providencia es un lugar entrañable, diferente.

Hoy vuelve a editarse su obra por segunda vez<sup>2</sup> al tiempo que se dan a conocer relatos inéditos. Las primeras promesas están cumplidas, pero Lenito sigue siendo un hallazgo ausente aunque viene cada año. La última vez que fue a Providencia llevó a su hijo de doce años para que se convenciera, de una vez por todas, de que allá había lagartijas azules.

---

<sup>2</sup> Tercera vez, con esta edición digital de la BBCC.

■ ANTICIPO A *LAS CASAS HUIDIZAS Y OTROS CUENTOS SOBRE FUGAS*

Los otros cuentos que aquí se presentan hacen parte de un libro inédito que Lenito escribió recientemente en Montreal.

La primicia es un abrebocas de su trabajo desde el exilio. Esta vez, con el frío entre los huesos y, como siempre, el mar corriendo por sus venas. Porque es con el mar que inicia esta serie de cuentos que se reunirá bajo el título de *Las casas huidizas y otros cuentos sobre fugas*. Nuevamente el mar, los difuntos y lo sobrenatural se unen para formar historias de un pueblo donde aún es posible hablar con los muertos.

El cuento «Sombras gemelas contra el muro» empieza por el final, pero uno no lo sabe, y el presente se confunde con el pasado, los vivos se confunden con los muertos y la realidad queda destrozada.

Este relato trae la voz de una mujer anciana que camina vestida de morado en un viaje hacia la muerte y no sabe si la mujer de la sombra es su abuela o es ella misma. Y es que a Lenito le gusta sumergirse en la vida de los ancianos. Los ha tenido cerca, los ha amado, los ha entendido y siempre ha escrito sobre ellos y, en otras oportunidades, para ellos.

Una estela de misterio rodea esta historia porque después de veinte años la muerte sigue siendo una recurrencia y la isla, su escenario.

Lenito sigue jugando con las palabras y logra lo hermoso, esta vez más depurado.

«Viaje a través de la transparencia» es un minucioso relato de un hombre dos veces náufrago que busca en los laberintos de su conciencia para torturarse por el crimen de indiferencia que cometió en el primer naufragio y que quiere expiar en el segundo. De hecho lo logra y puede resolver su vida en el ambiente desolador que lo rodea. Así como en muchos de sus cuentos, las realidades son contundentes, abrumadoras.

Otra vez su relato está lleno de ritmo y expectativa para descifrar el final y otra vez Lenito cuida cada palabra de manera minuciosa. Camina por el sendero literario no sólo como el primer escritor de la isla sino como un hombre de gran talento que será difícil de superar en su tierra.

Ambos cuentos están atravesados por la evocación de lo que se fue. Fueron escritos hace algunos años, bajo el auspicio de Colcultura en un proyecto para la creación literaria que no incluía la publicación; por ello los hizo en español. Sin embargo, Lenito ha traducido algunos al inglés y también en inglés ha escrito una novela corta, aún sin concluir, titulada *Coral Nuptials for Sunday —Bodas de coral en domingo—*. En Canadá los está puliendo todos y escribiendo una serie de relatos cortos también en inglés.

Lenito es el marinero tatuado por la vida, que le ha dejado en la piel marcas perennes. Poco a poco, a la manera de Kavafis, la isla lo perseguirá por dondequiera que él recorra el mundo.

Providencia está en las letras que han sido durante toda su vida, su oficio, cuando trabaja una por una la palabra adecuada, la frase justa. Lenito no se ha apresurado. No

## PRESENTACIÓN

tiene por qué; así lo aprendió en su isla cuando se convenció de que iría a La Sorbona. Hoy sabe que fue para poder escribir de la isla que lo sigue a cualquier confín del mundo, así él pretenda fugarse, así esté ausente.

CLAUDINE BANCELIN





## SOBRE NUPCIAS Y AUSENCIAS



## ▪ ESPECTROS SOBRE NUDOS Y DESNUDOS

DESDE HACÍA VARIOS AÑOS, cada mañana al apuntar el alba, Ulises Salomón recorría la playa de cabo a rabo. Conservaba aún la añeja esperanza de que el mar, un domingo de desbordante generosidad, le trajera cualquier objeto extraviado de otros mares. Sin embargo, sólo encontraba botellas de vino vacías, maderas de balsas rotas, zapatos dispares de mujer, bolsas plásticas manchadas con brea, troncos de árboles exóticos, pequeñas boyas de colores vivos. Y a pesar de no haber encontrado nada interesante, siempre reanudaba su búsqueda matinal con el fervor obstinado de un buscador de tesoro oculto, con la sola diferencia de que tal vez lo que Ulises esperaba se encontraba en andurriales más profundos que todos los océanos ignotos.

O quizá ya no esperaba nada. No obstante su mala suerte, siguió manteniendo desahuciadamente la ceremonia de inspección matinal, más que todo porque, de romper con la rutina, no sabría en qué ocupar tanto tiempo libre.

Si bien no fue de interés especial, el domingo pasado hizo un descubrimiento inesperado que lo llevó a desempolvar

vetustas reminiscencias enterradas desde la edad de las plumas doradas en los tricornios. Caminaba lentamente sobre las finas y blancas arenas frente al mar, cuyas olas frescas le bañaban los pies descalzos con un agua sedosa al tacto, la cual iba borrando las huellas tan pronto el pie era levantado. A lo lejos el sol ya había empezado a asomarse; Ulises lo vio más allá de donde comienza el mar silencioso poblado de un viento dulce cuyo contacto con la piel le pronosticaba un día agradable como no hubo en mucho tiempo. Él no piensa sino en el mar, en el mar sin nada ni nadie. Al extremo sur de la playa, sacudido por un estupor sin tiempo, y sin llegar a sentirse alarmado, se detuvo bruscamente para permanecer por largo rato mirando fijamente la doble estampa todavía fresca y casi caliente abandonada en la arena aún gris de la alborada; era la impronta de dos cuerpos troquelada en bajo relieve y cuya apariencia daba la imagen de un molde donde se acuñan las deidades; a la vez evocaba el nido tibio donde se anudan los cuerpos frágiles y tiernos de las diosas con los marineros fuertes y apasionados de todas las odiseas. En el momento no hizo ningún despilfarro de esfuerzos para relacionar el descubrimiento con vivencia alguna, mas pensó en cuánto habían evolucionado las costumbres en la isla de San Macario desde el día en que llegó la primera horda concupiscente de turistas.

A los ochenta años, Ulises considera que las únicas cosas útiles que ha hecho en su vida de aciertos y fracasos han sido, por una parte, la dedicación de más de media vida a las faenas del mar y, por otra parte, toda la vida consagrada

al recuerdo de todas las mujeres de blanda sumisión que pasaron fugazmente por su existencia, unas dejando huellas de nieve, otras, marcas de fuego.

Desde muy temprana juventud había trabajado de marinero en distintos barcos desde y hacia tantos puertos olvidados. Al igual que todos los marineros, lleva los brazos tatuados con figuras legendarias y eróticas en un color de tinta que ya se confunde entre las arrugas de su piel morena curtida por el sol y los años; sobre el brazo izquierdo lleva una mujer desnuda con los cabellos de sirena loca desplegados al viento; sobre el derecho navega un galeón inmóvil rodeado de gaviotas de altos vuelos. En el mar, Ulises arriaba velas, hacía nudos fuertes para luego deshacerlos rápidamente, timoneaba por mares sin nombres, escrutaba el cielo en busca de estrellas, especulaba sobre vientos, y sobre todo pensaba en las fastuosas mujeres de frases delicadas que se desvivían por él en cada puerto de la rosa náutica.

En aquellos tiempos era joven y bello; por la época en que más allá del bauprés de todos los bergantines descansaba un puerto con casas de ventanas iluminadas del alba repleto de mujeres aletargadas aguardando impacientes su llegada, pues él arrastraba tras sí la primavera, las flores y el fuego latente de la pasión para edulcorar todos los gestos y entibiar todos los abrazos. Sus andanzas de trotamundos lo llevaron a acumular un denso repertorio de nombres femeninos, uno ligado a cada puerto de paso, los cuales sonaban a diosas y sin que él recordara cómo era cada mujer en el mosaico de las caras y los cuerpos, sin embargo

las distinguía, una por la risita alegre y explosiva, otra por los ojos adormecidos, otra aun por la sensualidad carnosa de los labios como frutos del trópico, y así sucesivamente. Puertas y brazos abiertos en cada puerto. Mil mujeres de amanecer tibio que sellaron en él nombres y huellas indelebles: Serena, Lourdes, Bianca, Nadia, Paulinha María, Estrella, Susana, Cécile, Mirelle, Nereida, Ondina, Noris, Helga, otra Susana y la lista sigue interminable en su obituario de añoranzas. Nunca supo cuánto las amaba, nunca trató de totalizarlas, ni tampoco se interesó por la parte alícuota del sentimiento que le correspondía a cada una, sino que medía la intensidad de la pasión por el vaivén de la nostalgia añeja y tardía después de que ya ni faro ni puerto lo esperaba en ningún amanecer. Ahora, cualquier noche se sienta frente al mar de olas apacibles —el mismo que resplandecía bajo tantos crepúsculos dorados y que lo veía entrar al puerto de La Habana de antaño— a pensar que La Habana era sinónima de Nereida, aquella habanera de piel canela cuyas risas estrepitosas hacían desbordar la champaña de las copas; Ondina a la que tanto amaba y a la que nunca le conoció otro nombre ni apellido, sólo sabía que adoraba ese nombre y ese puerto de los años treinta, y quién diría que algún día estaría tan diametralmente distanciado de aquellos nombres de gloria por lagunas más extensas y más abisales que océanos; es como si su bergantín rebosante de ternuras aún nuevas hubiera sido abandonado a la deriva cualquier noche en un sargazo de corrientes adormecidas sin tiempo, y de repente ese nombre, Ondina, viniera a su encuentro con su batir

angelical de alas despertándole antiguas vivencias latentes de La Habana sumergida aún, gracias a su espejismo, en sus bacanales de sábado por la noche después de un viernes de ardiente expectativa, con mujeres de labios de corazón de barajas desfilando sobre todos los muelles del atardecer. Después de tantos años peregrinando a solas en su desierto de soledades compactas y de nebulosas alestargadas, ahora, este descubrimiento dominical acaba de poner tierra firme bajo sus pies frente al oasis de sus tiempos sublimes. Aquellos nombres hasta cuya musicalidad él había conseguido olvidar gracias a las ocupaciones de la vida sedentaria, volvieron a florecer en el jardín otoñal del recuerdo sólo como una hojarasca de desastre levantada por un ciclón.

Cuando niño, de eso muy bien me acuerdo, la maestra de la escuela primaria me castigaba por estar distraído ya que, en vez de repetir las lecciones de catecismo recitadas por ella, yo miraba por la ventana para contemplar cómo el viejo Ulises se pasaba el día en el sol canicular de marzo confeccionando redes de arrastre. Amarraba un extremo en un poste de la cerca frente a la calle, luego extendía la red por el patio de la escuela, por detrás de la cisterna, por la cancha de béisbol, cercando así toda la escuela. Él, en aquel tiempo demostraba ser mucho más joven de lo que realmente era y por lo tanto podía soportar los rigores que implicaba ese tipo de trabajo. Ya sus largos y huesudos dedos le tiemblan algo, se apoya sobre el bastón para caminar y la válvula del pensamiento empieza a gotear sobre su voz; habla a solas, dice cosas íntimas y se ríe: «... el

otro día la vi bañándose en la playa, estaba como vino al mundo, y le dije, ji, ji, ji, si ella hubiera atravesado el patio cuando yo era el gallo del gallinero... Cómo es de injusta la vida, esperó todo este tiempo a que yo estuviera decrepito para crear la estirpe de ángeles...». A veces entona en falsete viejos aires antillanos olvidados en las cuerdas oxidadas de las guitarras de fiestas de los años veinte y me pregunta si recuerdo cuando esa canción estaba de moda. Le digo que no, y me mira con aire de desilusión, se calla por un momento y retoma silenciosamente su labor.

Ahora debe trabajar sentado a causa de su avanzada edad. Ya no hace redes de arrastre porque son demasiado pesadas para ser manipuladas; en cambio fabrica nasas durante el día y de noche hace esparavel. Me deleita sentarme a su lado para ver cómo sus dedos autómatas van trenzando el mimbre para terminar una nasa perfecta igual a todas las otras ya hechas. A veces me mira atentamente y me habla de cualquier cosa; generalmente me cuenta alguna anécdota mientras le va dando la forma al embudo, un cilindro de curvas laberínticas donde los peces pierden el sentido de la orientación. Nunca se equivoca.

De noche a la luz de la luna, o si no hay luna, al resplandor macilento de una linterna de queroseno, teje la red del esparavel sobre una delgada varilla de madera pasando rápidamente la aguja por entre la trama ya hecha mientras canta en falsete aires ancestrales de los tiempos del pirata Morgan. A menudo hace una pausa en la labor, suspira hondamente como si lo que fuera a decir viniera de lejos en el aire fresco de la noche cargado de aromas de *frangipane*,

y me pregunta si recuerdo las letras de aquella canción. Le digo que no con un respetable silencio. Él comprende. Al retomar su labor, para consolarse agrega que es posible que yo no hubiera nacido aún; después me cuenta cuán fascinante y pegajosa era aquella canción, cómo la gente se abrazaba en las tabernas de baile al son de ella, cómo la gente se amaba, cómo la tarareaban hasta en la iglesia.

La historia de su vida sedentaria había empezado desde hacía mucho tiempo atrás. Desde la noche en que fue hundido el bergantín La Galera Dorada, en donde él era segundo oficial de alguna cosa —nunca me acuerdo de qué cosa precisamente—, y nunca volvió a la mar. Siempre me contaba lo sucedido, mas ahora no quiere acordarse de aquella noche aciaga. Fue durante la Segunda Guerra Mundial, a escasas veinte millas de la isla de San Macario. Un submarino de patrullaje fantasma, al amparo de la densa oscuridad y la neblina, pasó como un bólido por el casco de madera de su nave dejando de esta sólo un reguero de astillas esparcidas por medio mar Caribe.

Mucho tiempo después, solamente podía recordar que en ese momento él se encontraba encaramado en alguna parte del palo mayor cuando sintió el sacudón sísmico cuyo impacto retumbó en un estrépito de catástrofe, y él no se dio cuenta de nada hasta tres días más tarde cuando un barco de bandera liberiana lo encontró a la deriva delirando sobre una balsa, abandonado a los designios de la Divina Providencia. Fue el único sobreviviente de la tragedia. Llegó a la isla con las manos vacías y se instaló en la casa donde todavía vive, donde tiene la mar de frente

para así disponer de suficiente espacio baldío para desplegar a sus anchas los recuerdos, y suficiente cielo para soltar a volar las nostalgias como cometas rosadas al atardecer; desde allí puede ver en lontananza los mástiles de los barcos anónimos flechando el cielo hacia los rumbos más disparatados con su cargamento de marineros tatuados.

En el mar Ulises hacía nudos, amarraba amantillos, soltaba jarcias, etcétera; en los puertos anudaba suspensos e idilios, soltaba hebillas y desnudaba mujeres pedigüeñas. Todo lo hacía con la misma habilidad. Con el tiempo llegó a constatar que ambos procedimientos eran idénticos: en el mar, a la penumbra de la luna o a veces en la oscuridad; en el puerto, en la penumbra de un candil o en lo oscuro indescifrable. Muy pronto se convirtió en un experto en las martingalas de ambas artes. Ahora, amordazado a la rutina de sedentario, continúa haciendo trenzas de mimbre y nudos de hilos mientras pasa el tiempo y sin que llegue a precisar la naturaleza de su esperanza.

A la noche termina la red, se levanta lentamente de la silla, mira su obra desde la puerta al otro extremo de la casa, la mira largamente a contraluz como si esperara encontrar algo escondido más allá de la otra orilla de los rombos de hilo. La débil luz emitida por la linterna de queroseno encima de la mesa de la sala le llega en mosaicos a través de la red para atigrarle la piel. Terminada la muda contemplación, entra al dormitorio, se desviste lenta y metódicamente antes de acostarse con la soledad, en un silencio apenas roto por las notas monocordes de un grillo tan melancólico como él. Las últimas gotas de combustible

de la lámpara se van consumiendo en una llamita convaleciente anaranjada, y a medida que la oscuridad baja del cielo raso sus recuerdos se van apagando; los siente cada vez más lejos, más livianos, se cubren de nubes oscuras y se apagan sigilosamente. «Mañana será otro día», suele decir. Con el primer nudo los recuerdos volverán a germinar desde sus cenizas, desde antes del caos, desde antes de la existencia de las alboradas de plata bajo cuyo amparo los cuerpos tiernos de los hombres se juntaban con las diosas núbiles y aquiescentes sobre la llanura sin fin del mar.

París, marzo 10 de 1984



## ▪ LA AGONÍA DE TULIA

«¡AY, AAY, AAY! PERO ES QUE me está doliendo demasiado», repetía incesantemente Tulia, gimiendo y revolcándose en la cama deshecha, los dedos crispados férreamente a la funda de la almohada. «Trata de mantener la calma mientras llega el médico», dijo la abuela sin saber muy bien qué más decir. «Escucho golpes de caballos aproximándose al patio», mintió por hacer un último intento de consolación. «Debe de ser tu hermano que viene con el doctor. No tardarán en estar aquí». «Pero no puedo; me está perforando el oído», respondió Tulia desde unos ojos lacrimosos, «me voy a morir, aay, aay, me voy a morir...». «No te vas a morir, querida, ya viene el médico». Diciendo esto, la abuela retiró sus dedos nudosos de entre la cabellera alborotada de la muchacha, se levantó lentamente, salió del cuarto en dirección a la puerta de la sala que daba hacia el patio delantero donde solía cantar bajo la luna en las noches de rondas, adelantó algunos preparativos para recibir al médico y de esta manera causó la impresión de la presencia de este bajo el dintel de la puerta,

quitándose el sombrero; también abrió los batientes de la puerta que se estaban cerrando, los trancó con dos pali-sandros, trasladó una silla desde junto a la pared divisoria entre la sala y el cuarto de la enferma y la puso junto a la ventana por donde entraba la brisa serena del atardecer, ordenó los vasos encima de la mesa de modo tal que quedara suficiente espacio donde colocar el doctor Gómez sus instrumentos de rigor, descorrió la cortina de una de las ventanas y sacó a chancletazos un gato amarillo que dormitaba en una silla tras el mantel colgante de la mesa. En efecto, ya había agotado todo un nutrido repertorio de frases y gestos lenitivos en los frustrados esfuerzos, tras varios días con sus noches en vela, para apaciguar los quejidos agónicos de la nieta.

Tulia llevaba el sexto día confinada a la cama por causa de un intenso dolor en el oído derecho. El doctor Gómez, cuyos hondos conocimientos hipocráticos nunca fueron puestos en duda, manifestó en privado a la abuela su total ignorancia ante la afección asintomática y enigmática de la paciente, pues él auscultaba en busca de síntomas para establecer el diagnóstico del caso y, sin embargo, cada examen conducía a resultados más desahuciados. Le había examinado cuidadosamente el oído en cinco ocasiones sin encontrar inflamación ni objeto extraño dentro, y aún, con todo lo sencillo que parecía el caso, el aguijón seguía trepanando el oído de la muchacha, siempre con más intensidad y continuó siendo refractario a todos los brebajes, biznas, cataplasmas, elixires, fricciones, mejunjes, póci-mas, etcétera. El dolor se hizo rebelde contra la ventosa y

todas las otras fórmulas del recetario medieval de medicamentos silvestres.

Todo había empezado la noche del viernes anterior. Tulia dormía apaciblemente lo mismo que la abuela y los dos hermanos mayores. Afuera las últimas gotas de lluvia repicaban sobre el techo de zinc; sólo el rumor lejano y casi apagado de los ladridos de un perro insomne atravesaba el sigilo de la medianoche. De repente Tulia emitió un grito aterrador de quien recibe un fuerte latigazo inesperado, cuyas vibraciones estremecieron a los que dormían entregados a sus sueños sin sobresaltos; luego siguió llorando con lloriqueos ahogados desde las movedizas arenas de su infernal pesadilla. La abuela y los hermanos de Tulia, pasmados por la intensidad del grito que se podía escuchar a una milla a la redonda, se levantaron con un sobresalto de tigre al ataque. Alguien encendió rápidamente la linterna de queroseno sin haberse despertado por completo. Luego de que la abuela le hubo iluminado la cara con la difusa luz ambarrina, demasiado brillante para los ojos recién despertados de la anciana, esta no pudo menos que consternarse: «Santo cielo», exclamó, «tenme la linterna». Los dos hermanos se acercaron el uno tras el otro y también se consternaron debidamente como lo exigía la ocasión.

Tulia pataleaba y luchaba desesperadamente, como nadando desde el embudo de perdición de un tornado apocalíptico, ensopada en sudor espeso que chorreaba por la cara y el cuello a libre vertiente para luego desembocarse en el pecho; echaba copos de espumas verduzcas por la boca y la nariz al mismo tiempo que temblaba

como cuerda de arpa tañida. Había que sacudirla insistentemente para calmarla; había que propinarle fuertes y sonantes palmadas en las nalgas sudorosas y llamarla por el nombre varias veces para rescatarla de su pesadilla atorbellinada. Luego de que estuvo despierta y despabilada, se sentó sobre el borde de la cama, aún temblorosa, atónita, los ojos en éxtasis. Con el borde de la sábana, único lugar seco de la misma, la abuela le enjugó la frente, el cuello y los brazos.

—Trae un vaso con agua para la niña, pero rápido.

—No hay agua —contestó uno de los muchachos después de buscar infructuosamente—; esta noche nadie entró agua.

—Ve a la cocina a buscar —dijo exasperada—. ¡Pero ya! En esta casa la gente se está muriendo y ni una gota de agua —siguió hablando para sí.

La cocina quedaba al lado sur de la casa, a unas veinte yardas de esta. Primero había que ir a la cocina a buscar la olla con la pita y después ir a la cisterna para llenar el balde con agua. Los dos muchachos salieron por la puerta trasera de la sala: uno sostenía la linterna por la manija con una mano y tapaba el tubo con la otra para que la brisa no apagara la llama; el otro hermano llevaba el balde y la olla amarrada al extremo de una cabuya para sacar el agua de la cisterna. Ya había cesado de llover y en el patio las últimas venas de agua corrían bajo la obediencia de la gravedad buscando los charcos más grandes, los cuales a su vez se desbordaban para repetir el círculo vicioso. La noche era de una oscuridad tan compacta que el brillo macilento de

la linterna apenas si alcanzaba a despejar el sitio del paso siguiente para así poder esquivar el charco más cercano.

Finalmente trajeron el vaso con agua. Tulia se la bebió toda con rapidez y docilidad; le llenaron el vaso de nuevo, lo vació por segunda vez aplacando así su sed pantagruélica. Le sirvieron más, aun cuando negó con un movimiento de cabeza. No se la tomó. Siguió mirando con ojos desorbitados como si contemplara algo más allá de las cosas visibles, y sin haber todavía reconocido a la abuela ni a los hermanos.

—¿Ya te sientes mejor? —preguntó calmadamente la abuela—. ¿Qué fue lo que te sucedió?

—Sí —asintió con un gesto de cabeza para responder a la primera de las preguntas.

—¿Qué fue lo que te pasó? —insistió—. ¿Una pesadilla?

—Me está zumbando el oído —contestó con voz temblorosa—; lo siento como si tuviera todo un panal de abejas dentro de la cabeza.

—Pero cuéntame —exigió, evitando exasperarse—, ¿qué fue el grito?

—Fue un sueño horrible —hizo una pausa para tragar saliva—. Yo me encontraba parada en la puerta que da al patio trasero; era casi de noche, la caída de la tarde, no había nadie más en casa, solo yo; entonces como a sesenta yardas de donde yo estaba, cerca del árbol de tamarindo apareció una mujer vestida de falda negra y blusa blanca; se me quedó mirando fijamente mientras yo a ella también; yo esperaba que ella preguntara o dijera algo, pero no. Se

quedó allí quieta... —Tulia hizo una pausa—, y sin moverse del sitio levantó una mano y me propinó una brutal bofetada; era una mano larguísima. Después no supe nada más.

—Sólo fue una pequeña pesadilla, muñeca —dijo la abuela con tono paliativo— vuélvete a dormir, ya todo pasó.

—No voy a poder —dijo—, tengo miedo, estoy caliente.

La abuela le puso el dorso de la mano sobre la frente para constatar lo dicho por la muchacha y se dio cuenta de que en efecto hervía en una calentura de temperaturas volcánicas.

—Bueno, pásate a la cama conmigo —propuso.

—Sí —aceptó.

No obstante, no pudo conciliar el sueño; el miedo y ese zumbido siguieron rondándola durante toda la noche. Hizo fuerzas para mantenerse inmóvil, con los ojos cerrados hasta que la abuela empezara a roncar y así ella pudiera seguir ahí a la deriva en sus insomnios sin tregua, sin estorbar a nadie.

Hacia el domingo por la noche el zumbido se había metamorfoseado en una especie de murmullo lejano cuyos sonidos monótonos se iban volviendo cada vez más humanos, como voces de una pequeña reunión de mujeres en la cual todas cuchicheaban al mismo tiempo y como si se les fuera sumando más gente. Las sentía cada vez más cerca, hasta alcanzó a distinguir entre varias pausas las carcajadas lejanas y burlonas de una mujer en particular; asimismo, llegó a identificar la voz de la misma persona

que a ratos lloraba, luego protestaba histéricamente. Tulia estaba deprimida, pálida y agobiada por la fiebre que jamás la liberó. Hacia el lunes al mediodía, el murmullo multitudinario se había transformado en un dolor punzante e intermitente, que a su vez había ido evolucionando en la misma proporción ascendente como sucedió en el caso del murmullo. De ahí en adelante todo se convirtió en una desenfrenada agonía. La abuela tardó hasta el lunes por la noche para llamar al doctor Gómez, quien luego había seguido viniendo todos los días, hasta tres veces al día a pesar de la distancia de tres horas a caballo por senderos cruzados y pedregosos. Él siguió brindando sus visitas generosas cotidianamente, no con la esperanza de aportar algo útil a la curación de Tulia, sino sólo por cumplir con los principios de la ética profesional cuyas normas observaba al pie de la letra, y también debido a cierta conmiseración para con el prójimo, según lo mandaba el código del buen cristiano.

Tulia era una muchacha de piel acanelada, alta, sin ser demasiado delgada, ancha de caderas; en pocas palabras, un cuerpo magistralmente esculpido, dos trenzas negras colgantes sobre los hombros y con diecisiete años recién cumplidos. Era huérfana lo mismo que sus dos hermanos mayores. Su madre falleció durante el parto en el cual ella vino al mundo. Su padre, un marinero sin piso ni puerto, dispersó huesos en un naufragio sin fecha. La abuela los crió a todos tres con un cariño que la misma madre hubiera envidiado.

Sin importar a quién fuera ni dónde viniera, la abuela les prohibió a los muchachos mencionar lo relatado por

Tulia. Sólo ella misma se lo confió al doctor Gómez y luego al reverendo Dickman, el pastor de la iglesia. En efecto, debido al aura de misterio que envolvía el caso —pensó— había que evitar decir cosas susceptibles de crear especulaciones.

El candor de la adolescencia de Tulia y lo enigmático de su repentina agonía suscitaron la cordialidad y la solidaridad de unos y la curiosidad de otros. Desde muy temprano en la mañana y hasta muy tarde en la noche, todos los días, la casa se mantenía tan llena de gente que apenas si había donde colocar un vaso o guardar una escoba. Las hordas de visitantes solidarios, preguntones, curiosos, hasta borrachos locuaces venían de los sectores más apartados de la isla de San Macario; a veces se los veía buscando infructuosamente por todo el alrededor del patio una estaca o un palo libre dónde amarrar las riendas del caballo, o tanteando la resistencia de un montículo seco en el lodazal del patio para no embarrar los zapatos. La pequeña casa de madera sobre pilotes alcanzó a llenarse tanto de la turbamulta preguntona y parlanchina interrogando a diestra y siniestra que por poco se desfonda el piso.

El miércoles siguiente, para agotar el último recurso de todos los imaginables y por imaginar, la abuela mandó llamar a la señora Bett, de cuya destreza en la aplicación de ventosas toda la isla estaba convencida. Cuando llegó miró a la muchacha jadeante en la cama, la examinó de pies a cabeza con una mirada cargada de esa tristeza reservada para los moribundos, luego rehusó silenciosamente con un ademán negativo de cabeza. Posteriormente confirmó

la negación argumentando que la encontró demasiado agotada y débil y por consiguiente no resistiría el tratamiento de rigor.

La abuela había pasado todos los días anteriores enredada en las tramas de una misteriosa telaraña de dudas y temores. Mientras más trataba de poner el asunto en orden, más se iba enzarzando. Fue entonces cuando se resolvió a despejar algunas dudas útiles cuyas causas estaban o podían estar a su alcance antes de que la muchacha cayera en estado de alferecía.

—Tulia, ¿cómo era la mujer? —preguntó con tono neutro para no alarmarla.

—Ya te lo dije. Era alta, morena... negra —enfaticó—, vestida de falda negra y blusa blanca; era flaca, los cabellos peinados en muchas trenzas pequeñas y cortas, la nariz algo aplastada y era un poco belfuda. Era fea —concluyó, antes de retomar el gemido dejado a medias.

—¡Santo Cielo! —exclamó la abuela mientras salía del cuarto para desempolvar a solas los viejos recuerdos devónicos abandonados a la voluntad de los años.

La abuela necesitó un instante de sosiego para recuperarse del estremecimiento tardío causado por la revelación final de Tulia. Al llegar a la sala tenía frente a los ojos la imagen clara, nítida y multitudinaria del cortejo fúnebre sin fin saliendo del patio por las dos puertas. En el acto mandó a Lucas, el hermano mayor de Tulia, a traer al pastor Dickman de donde estuviera. Sin duda alguna, esa descripción correspondía en todos los detalles a Alsina, de cuya muerte la abuela volvió a acordarse como si hubiera

sido apenas el día anterior. La mujer se había suicidado ingiriendo un frasco de estricnina, suficiente veneno para fulminar a todo un ejército. Eso había sucedido hacía diecinueve años, exactamente durante la noche de bodas entre Ignacio y Florencia, los padres de Tulia. Antes de suicidarse la mujer profirió amenazas de venganza desde el fondo de su alma errante y eso lo dijo en la iglesia ese día. La abuela recordó que Ignacio había mantenido relaciones a escondidas con esa mujer desde tiempos inmemoriales, y que según esta, él le había prometido solemnemente llevarla de blanco ante el altar. Entonces, el día del matrimonio de los padres de Tulia, cuando el pastor preguntó, como lo ordenan los procederes rituales, si había alguien en contra del enlace, Alsina se levantó desde la última banca, atravesó toda la nave central del recinto y se colocó frente al púlpito, de lado al público, y expuso meticulosamente todo el meollo de las intimidades y las promesas claudicadas. Al principio nadie se atrevió a callarla, ni siquiera el pastor, mas el silencio de los convidados se iba haciendo torturante para el novio y fue cuando este dijo lacónicamente que jamás había visto semejante mujerzuela en toda su vida, respuesta que causó estrepitosas carcajadas entre la multitud. Avergonzada, abucheada y humillada, Alsina salió del sacro recinto profiriendo maldiciones y venganzas de ultratumba.

Al amanecer del séptimo día, Tulia había caído en una especie de aletargamiento comatoso, con los ojos vidriosos y en éxtasis, extraviada en los laberintos distantes de un delirio concéntrico. Poco antes trataba inútilmente de

balbucear nombres, números y frases confusas e inaudibles cuya incoherencia confirmaba lo inevitable. A medianoche se volteó lenta y tranquilamente sobre el lado izquierdo, el oído con dolor hacia arriba, y expiró sin queja. Antes de caer presa de las histerias de todas las furias, antes de que la multitud adolorida se abalanzara sobre la casa, la abuela se levantó de la silla para cerrar los ojos de Tulia y fue entonces cuando distinguió la huella hinchada en alto relieve sobre el lado derecho de la cara de la muchacha, desde la parte superior de la mejilla hasta el orificio del oído: una mano de mujer con sus cinco dedos.

París, primavera de 1984



## ▪ DESDE EL OTRO LADO DEL VIAJE

SYLVIA CUMPLÍA SAGRADAMENTE con el deber de ir a la oficina del correo todos los martes del calendario a reclamar su carta, que llegaba sin falta ni retraso aun cuando cosas más vitales fallaban. Desde hacía más de tres años él escribía una epístola semanal rica en detalles conmovedores capaces de alterar el sosiego de un corazón de porcelana. Lo hacía con el mismo fervor apasionado y el mismo candor devoto como si cada semana volviera a escribir la primera carta, y aunque ella nunca se preocupó ni siquiera por enviarle un telegrama en el día de su cumpleaños, ni en Navidad, mucho menos por contestar las cartas, él siempre encontraba palabras y frases nuevas desbordantes de elocuencia en su retórica personal para mantener siempre viva la llama invisible de la esperanza que había de intentar el deshielo del corazón obstinado de Sylvia.

Ella nunca leyó una carta en la oficina del correo, ni tampoco en el parque, como lo suelen hacer las personas demasiado ansiosas por enterarse del contenido de la misiva. En ese aspecto ella tenía para su uso privativo una

serie de rituales más dogmáticos, normativos y sofisticados. Llegaba a su casa como cualquier otro día, caminaba los pocos pasos que separaban la casa de la orilla del mar, se sentaba entre los ramajes entrelazados de los manglares, en el lugar acostumbrado, que bien pudo llamarse su trono, en la rama colgante donde el agua tibia de la tarde subía y bajaba rítmicamente alrededor de sus tobillos desnudos; aquel lugar era una especie de dominio del silencio donde no había riesgo de que alguien la interrumpiera. Leía y a veces colocaba el dedo índice derecho para marcar una puntuación, o hacía una pausa en cualquier parte para mirar distraídamente las picadas acrobáticas de las gaviotas en el puerto pesquero al frente, o para contemplar atentamente la otra orilla o tal vez la vela de un pescador tardío perfilada contra el horizonte nublado, sin saber bien si se acercaba o se alejaba. Poco le interesaba. Después de tanto tiempo viviendo en martes, para Sylvia, leer una carta no era un gesto de simple conmiseración ni una delicadeza a nombre de la cortesía y las buenas maneras, sino más bien un ritual pleno de formalidades ceremoniosas y recursos protocolarios dignos de encabezar cualquier tratado modelo en el tema. Siempre hacía las pausas con el mismo intervalo de tiempo en las distintas cartas, según lo confirmaría un observador cauteloso. Hacía una primera pausa larga para contemplar las gaviotas en su vaivén de fiestas, luego una pausa más corta, aproximadamente en la mitad de la lectura donde suspiraba hondamente varias veces como si las palabras descendieran al encuentro de otras extraviadas más allá de las cosas memorables; esto lo

hacía sin que su rostro delatara signos de tristeza ni alegría; hacía la última pausa poco antes del final de la carta, y sonreía a solas mirando el agua que envolvía sus tobillos. Eso hacía pensar que él se tomaba el cuidado de contar los mismos hechos, escribir los mismos dichos y frases, pero cambiando en cada carta los nombres de personas, lugares y flores, dicho de otro modo, una nueva historia pero en el fondo la misma, todo eso quizá para poner en práctica aquello dicho por algún escolástico acerca de que si unas gotas de agua caen sobre una roca compacta no producen ni siquiera musgo, pero si cae gota tras gota en el mismo sitio año tras año, década tras década y hasta por siglos, acaban perforándola. Sylvia jamás se refirió al contenido de ninguna de las cartas; tampoco hizo comentarios con nadie. Una vez cumplidos los pasos rituales ella volvía a doblar la hoja en cuatro para luego pasarla a un destino misterioso para las otras personas a su alrededor.

A veces las cartas venían con sellos postales de países cuyos nombres ella jamás había oído mencionar ni visto, ni siquiera en los libracos más nutridos de geografía universal. Fue así que aprendió sin necesidad de atravesar el mar, sin sentarse atentamente frente a los programas culturales y didácticos de la televisión, sin tener que entregarse a la investigación en enciclopedias ilustradas, cómo era la Tour Eiffel, la plaza de la Concordia, el Támesis, el Vís-tula, el Taj Mahal, los barrios antiguos de Melnik y todo un catálogo propedéutico de nombres de plazas, torres, avenidas, barrios, jardines, parques, paseos, catedrales, etcétera. «Esta mañana, a pesar de la primavera radiante

llovió sobre el mar de Dubrovnik, y la lluvia era fina y plateada, fresca y tierna. Corrí bajo la lluvia con una rosa roja en la mano buscando tus trenzas de antaño y cantando esa canción que tanto cantabas en la escuela... y Dubrovnik tenía color de paraíso, pero faltabas tú». Ella se pasaba la semana pensando en ese nombre que saltaba en la memoria como una bolita de caucho rodando cuesta abajo. Imaginaba amorfamente esa ciudad como un andurrial remoto —una aldea sobre una colina— pensaba en ella hasta confundirla con cualquier otra cosa en el repertorio babélico de nombres impronunciables de mares y valles. Ella se imaginaba esa lluvia como cualquier otra en cualquier parte, verbigracia, en Anchorage o en Puerto Stanley. Lo que más le habría gustado, tal vez era ver por ella misma el mar de Dubrovnik y constatar que allí también había gaviotas blancas trazando acrobacias sobre la tarde.

Su padre Mateo, consternado por el ritual de los martes, le preguntó un día, sin precisar detalles ni enfatizar interés alguno, sobre el progreso de aquella relación sentimental en diferido, a lo que ella le respondió lacónicamente, con su manera habitual de contestar las preguntas cuyas respuestas se reservaba:

—No hay ninguna relación sentimental.

—¿Y él por qué sigue escribiendo?

—Porque quiere.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Nada.

—¿Y qué piensas decir?

—Nada.

Mateo permaneció parado bajo el dintel de la puerta, con las manos en los bolsillos del pantalón, en una quietud de estatua de museo; la miraba fijamente, con mitad rabia, mitad conmiseración, luego salió sin dejar opinión ni consejo al respecto. Su padre nunca la entendió. Ella a menudo salía con amigos; no obstante, desde hacía cuatro años no mantenía lazos sentimentales íntimos con nadie. Se supo por vía de filtración de secretos que ella había tirado fuera de borda a su último Adonis debido a lo que ella misma definió como incompatibilidad múltiple de caracteres y gustos divergentes; además, la decisión fue íntegramente suya, y admitió —según un confidente cauteloso— que no hubo heridas, lo que supone o hasta confirma la inexistencia de huellas o cicatrices.

Las cartas siguieron llegando con una puntualidad infalible. En ellas él le manifestaba un amor grandioso, heroico e invencible, el mismo desde los tiempos inmemoriales. En la escuela que ambos frecuentaban, él le pasaba papelitos con corazones flechados pintados lerdamente con lápices de colores; ella los miraba con un frunce despreciativo antes de destinarlos finalmente a la caneca de basura o entregárselos a la maestra; esta última alternativa le garantizaba a él una fuerte reprimenda, pero a la larga poco le importaba. Ninguno de los desprecios, castigos, torturas, penas, viacrucis, lo desanimó. Al contrario. En el colegio, ya crecidos y menos ingenuos ambos, él siguió pasando cartas en esquelas con paisajes nórdicos desde el otro lado del pupitre. Y después de media vida siguió obstinado en sus anhelos y aferrado a muerte a su pasión heroica para

continuar escribiendo una carta semanal a la misma destinataria desde el otro lado de todos los viajes. «Esta noche Copenhague está cubierta de nieve. Abrí la ventana de mi habitación y vi la nieve en su lento descenso, flotando en el aire como copos de algodón. Una muchacha con trenzas largas cruzó la plaza; era diferente de todas puesto que las trenzas eran negras como las que tú llevabas, y la nieve iba tapizando sus cabellos como los años y el silencio van poblando mi voz y mi esperanza. En un principio pensé que era un sueño, pero no. Además, en el cruce de cualquier camino se encuentran y se confunden los sueños con la realidad para crear angustias. Ella se alejó, cerré la cortina y seguí pensando en ti con recuerdos restaurados desde antes de nuestra génesis... Sylvia, no me olvides. La vida no me alcanzará para olvidarte. Sylvia, no me olvides».

Las cartas habían seguido llegando con la acostumbrada regularidad de todos los martes, Sylvia las siguió reclamando conforme iban llegando sin que ninguna alterara su tradicional comportamiento, excepto la última, que hizo sensiblemente algún efecto sobre ella, no por el contenido estereotipado, sino por la frase de la posdata: «Anoche soñé con golondrinas».

Sylvia no supo si pensar en un presagio o en una coincidencia. Ciertamente, la noche anterior había caído una lluvia torrencial y ella había recogido una golondrina ensopada hasta los trinos, la cual se había posado agónicamente sobre las barandillas del balcón hacia el lado del mar. La secó junto al fuego de la cocina, la abrigó maternalmente bajo una toalla seca y luego la colocó en el rincón más

caluroso de la casa. Cumplió toda la labor con un candor y una resignación tan caritativos que se pensaba que era para con alguien querido de hacía muchos años. En la madrugada amainó el temporal. En la mañana siguiente encontró la toalla en el mismo rincón, con la forma aún comba del cuerpecito moldeado dentro, única huella visible del tierno huésped que a esas horas estaría sobrevolando las islas Galápagos. Siguió pensando en la coincidencia, lo que le resultaba un paliativo.

El martes siguiente, cuando Sylvia llegó a la oficina del correo, el «viejito del correo» —como lo llamábamos cariñosamente— estaba algo preocupado, pues hubiera preferido tener que escribir él mismo una carta a Sylvia a decirle que aquel martes no había carta para ella; se sintió hasta culpable, lo notó ella. Pero con lástima y sinceridad tuvo que confesarle la verdad.

—Señorita Sylvia, hoy tu carta no llegó —dijo separando los brazos en alto, desesperado— no sé qué habrá pasado.

Ella quedó como la esposa de Lot.

—Debe de estar extraviada entre las otras —dijo decepcionada.

—No. La he buscado como cien veces.

—¿Me dejas buscar? —solicitó humildemente.

—Sí, por supuesto. Pasa —accedió mientras abría la media portezuela que separaba a los clientes de él.

Ella buscó durante media hora. Efectivamente, no llegó. Se consoló esa noche con la idea de que pudo haber sido una falla de algún empleado distraído al empacar el

correo. Volvió el miércoles. Nada. El jueves. En vano. El viernes. Empresa desahuciada. Tampoco hubo carta ni el lunes ni el martes siguiente. Sólo entonces Sylvia —triste— se dio cuenta de cuánto le iba a hacer falta la carta semanal de los martes desde el otro lado de todos los viajes.

El tercer martes de silencio, despejó la mesa y puso encima una maleta azul repleta de sobres timbrados en los sitios más distantes y antipódicos del mapamundi. Fue a la hora en que el crepúsculo se desplegaba sobre el mar. Ordenó las cartas por fechas desde la última hasta la primera; luego tuvo que encender la lámpara de queroseno antes de comenzar a escribir, puesto que ya había entrado la noche por la ventana abierta hacia el puerto sin gaviotas acróbatas. Empezó por la última carta, luego contestó la penúltima y así sucesivamente. Mas lo cierto fue que nunca volvió a recibir una carta cada martes y de ningún otro día. «Tal vez está muerto —pensó— en un país sin nombre ni estampillas». Sin embargo siguió contestando y enviando cartas con una diligencia incansable a cualquier parte y a todas partes, cada martes y sin haber dejado de preguntar por noticias a su nombre, por si acaso...

Una medianoche cuando aún se encontraba a la deriva en su maremágnum de cartas por contestar, tratando de terminar una, la séptima tal vez, entró su padre Mateo, encendió la linterna de la cocina, y al pasar por la sala la vio absorta, como extraviada y a la zozobra en un sar-gazo de delirios tardíos, los ojos llorosos. Mateo no pudo menos que subir el brillo de la linterna para consternarse del estado demacrado del rostro de su hija.

—¿A quién escribes? —preguntó distraído para no alarmlarla.

—A él.

—Pero... —vaciló—, si él no volvió a escribir.

—No.

—¿Y por qué le escribes ahora?

—Porque quiero.

—¿Qué le vas a decir?

—Todo.

Permanecieron luego atónitos ambos, mirándose el uno al otro, el padre con la linterna en la mano suspendida en el aire, la hija con el estilógrafo en remanso sobre el papel. La escena duró poco. Él entró al dormitorio, apagó la linterna, se acostó con la oscuridad y se durmió sin pensar en ella. Sylvia retomó la faena y escribió varias páginas de una epístola sin fin. Afuera diluviaba y ella, ajena a la lluvia torrencial y otras posibles catástrofes, siguió escribiendo su carta de martes hacia el otro lado del silencio de todos los viajes.

París, invierno de 1983



## ▪ RÉQUIEM PARA VIOLÍN SOLO

NICOMEDES, DESCENDIENTE EN línea directa de esclavos africanos, era violinista de playa y de fiesta. A lo largo de sus cuarenta años de vida llena de aprietos y decepciones había alimentado en vano muchos sueños, pero sobre todo dos: el primero, llegar a componer una pieza magistral para violín solo, y segundo, llegar a ser padre de un muchacho para que este cosechara los triunfos dejados por el progenitor a lo largo de los caminos caniculares de la frustración. Todos aquellos anhelos grandiosos fueron como alimentar golondrinas de un verano feliz sobre un balcón acogedor, las cuales se iban en busca de refugios más tiernos a la llegada del invierno. Sin embargo, tenía tanta fe en esos dos deseos que era imposible que no se hubieran cumplido.

Desde niño, Nicomedes empezó a instruirse en el sofisticado arte de la música para violín por partituras, bajo la acertada tutela de su abuelo paterno, pues nunca conoció a su padre, quien se embarcó antes de que él naciera y se quedó para siempre en un puerto sin nombre. El muchacho demostraba siempre un talento casi envidiable para

cualquiera de los prodigios de la música clásica; era tal que el viejo pronosticaba, mitad en broma, mitad en serio, que no tardaba el día en que Nicomedes haría hablar al violín; mas la primera estrella aciaga cruzó el cenit de su cielo cuando ascendía vertiginosa y gloriosamente hacia la cumbre. El viejo sucumbió ante la severidad despiadada de los años, llevándose tantas partituras inéditas y tantas melodías aún no escuchadas, sin siquiera haber tenido el tiempo suficiente para legar al nieto una última nota elocuente sobre el pentagrama para completar algún compás inconcluso.

Coaccionado por la estrechez pecuniaria, Nicomedes había ido trocando sus notas, compases, arpegios y acordes clásicos por los rápidos y movidos ritmos de la polka y por el compás de tres por cuatro de la mazurka, lo mismo que por una extensa gama de aires populares que se iban acoplando a su repertorio musical. En esa época Euterpe, su violín bruñido que siempre llevaba debajo del brazo izquierdo, lo acompañaba en sus más exitosas presentaciones; hablaba con el instrumento y le contaba sus penas y sus esperanzas durante sus largas y solitarias caminatas a casa, de madrugada. Tocaba gratuitamente y cobraba con aplausos en las distintas fiestas patrias celebradas sobre la playa dos o tres veces al año. También amenizaba los domingos de fiestas de carreras de caballos por honorarios muy exigüos para una jornada tan agotadora. Asimismo tocaba como acompañamiento en los salones de baile de los sábados. Cada dos o tres meses él esperaba una concentración suficientemente nutrida de admiradores para sacar al aire su nueva canciónailable, que siempre era acogida

con gritos eufóricos y aplausos desmesurados del público fogoso. Luego sus canciones eran cantadas, tarareadas y silbadas por otros músicos, jornaleros, pescadores, amas de casa, lavanderas, niños de escuela y hasta por respetables pastores de iglesia. No obstante el éxito, él seguía acariciando la esperanza de sacar al aire algo diferente algún día, algo así como un himno grandioso. Se pasaba los días y noches trazando pentagramas y pendiéndoles notas altisonantes que inmediatamente eran confrontadas en el violín, pero él mismo se daba cuenta de que a esa concatenación de notas musicalmente estructuradas le hacía falta quizás un punto de apoyo firme, un tema magnífico y grandioso, una leyenda inverosímil, o tal vez una gesta patriótica. Y precisamente eso era lo que no había llegado a su inspiración.

La alegría y la ansiedad se conjugaron en una misma mónada de dicha y optimismo aquel domingo de madrugada cuando regresó de la función sabatina en el salón de baile. Roxana, su esposa, quien le había brindado más de quince años de noches consentidas, se encontraba acostada pero aún despierta —cosa inusual de ella— y con la lámpara de queroseno dejada a llama baja sobre la mesa de noche, contrariamente a lo que solía hacer. Él colgó sigilosamente el estuche de cuero que contenía a Euterpe en un sitio seguro sobre el cabezal de la cama. Fue cuando estuvo a punto de dar media vuelta que se dio cuenta de que Roxana no estaba dormida como él había supuesto.

—Estaba que te esperaba —dijo con tono algo nervioso— como por ahí desde la medianoche.

—¿Y eso por qué? —preguntó entre curioso y cariñoso, mientras subía el brillo de la lámpara cuyo resplandor empezó a iluminar a Euterpe, y a la vez bebía agua de un vaso con la otra mano—. ¿Sucedió algo?

—Sí —contestó ella—, creo que... sí.

—¿Qué es? —volvió a preguntar mientras sostenía el vaso con agua a la altura del pecho—. Cuéntamelo.

—¡Adivina!

—Vamos —reclamó exasperado—, está muy tarde para adivinanzas; además estoy que me duermo parado.

—¿Tomaste ron? —preguntó ella cuando él llenaba de nuevo el vaso con agua.

—No, pero canté mucho. Esta noche lancé mi nueva canción, *Lluvia de estrellas para Laura*, es mi mejor calipso y tuve que cantarlo como una docena de veces consecutivas. Luego caminé todo el trayecto a casa. A propósito —prosiguió—, ¿a qué se debe tanto misterio? ¿Soñaste con el tesoro de Morgan o qué?

—Vamos-a-tener-un-niño —dijo silabeando el anuncio.

A Nicomedes se le cayó el vaso con agua al piso y se volvió añicos junto a los zapatos. Luego se precipitó a la cama con una especie de euforia progresiva, como si le hubiera dicho que el niño ya se encontraba debajo de la cobija.

Para el domingo siguiente los nombres ya estaban listos en casa esperando la llegada feliz de la criatura dentro de los próximos ocho meses. Le manifestó dogmáticamente a Roxana que en caso de ser niño —esperanza

de él— llevaría el nombre de Amadeo, y de ser niña, el de Violeta Marina.

Durante los meses siguientes a la revelación Nicomedes consagraba la totalidad de sus ratos libres en la playa y sobre las colinas, frente al viento, bruñendo a Euterpe y contándole sus renovados anhelos, esperanzas y a veces sus decepciones. Durante esa época, hasta llegó a desatender muchas de las obligaciones domésticas importantes para dedicar ese rato a la caricia de sus sueños. Un sábado, cuando terminó la delicada tarea de bruñir a Euterpe, lo levantó frente a los ojos: era un espejo nítido, una laguna límpida en cuyo fondo él, sonriente, fabuloso y tal vez efímeramente feliz, se encontraba sumergido. Rozó el arco en cruz sobre las cuerdas de Euterpe y siete notas chispeantes se alejaron ondulando en el viento que venía desde el mar. Ya Euterpe había empezado a hablarle en un lenguaje a cuya simbología él no tenía acceso. Tampoco se dio cuenta de ello.

Durante los últimos meses había empezado a pasar las noches rodándose en sueños pedregosos e insomnios irreconciliables hasta el alba. Sin embargo alcanzaba a seducir el sueño los domingos durante el día, mas por la noche pasaba el tiempo contando notas blancas y negras sobre huidizos pentagramas imaginarios. El domingo anterior al parto de Roxana, el insomnio tomó dimensiones de crisis de ansiedad; ella tuvo que intervenir con sus conocimientos curativos de ama de casa ejemplar.

—Nico —dijo tiernamente—, te voy a preparar una infusión de hierbas azucarada.

—No te molestes —dijo sin dejar de revolcarse en la cama—, quédate tranquila; no es bueno para el niño que estés tan inquieta. Además ya me estoy durmiendo —mintió.

—Aquí está el té —dijo después de un rato—; eso te hará pasar la noche profundo —agregó al entregarle el pocillo blanco sin oreja. Él se sentó sobre el borde de la cama; la lámpara le iluminó medio rostro. En silencio se lo tomó a sorbos lentos, aprovechando las pausas para pensar en Amadeo, o tal vez en Violeta Marina.

El domingo temprano vino vociferando pronósticos de suerte y números desde la calle Lucas, el viejito que vendía el chance para jugar con la lotería de Panamá. Nicomedes ya se encontraba despierto. Pensaba en el sueño de la noche anterior. Sin embargo no se lo contó al chancero como solía hacer, ni siquiera a su esposa, a quien no se lo dijo sino después de la partida del hombre.

—Anoche tuve un sueño —dijo pensativo—; es la primera vez que...

—¿No se lo dijiste al chancero?

—No. No es un sueño para ganar dinero con la lotería. Es para perder.

—A lo mejor fue por el insomnio —supuso ella en voz alta—, pero sí, las hierbas aromáticas estuvieron fuertes.

—No creo que sea eso —insistió—, el té no hace soñar con garzas. Garzas negras.

El viernes, la noche del parto, él permaneció en la sala de la casa agotando sus últimas reservas de ansiedad y de impaciencia mientras escuchaba los gemidos intermitentes de Roxana filtrándose por entre las hendiduras de la

pared de madera, lo mismo que la voz de la partera dándole instrucciones prácticas y consoladoras. Caminó por la sala, desde la puerta hasta la mesa, desde la ventana hasta la pared, miró el estuche bruñido de Euterpe acostado encima de la mesa junto a la lámpara y pensó en palabras sueltas que, rimadas en versos y combinadas con notas armónicamente colocadas sobre un pentagrama, darían nacimiento a su himno grandioso concebido desde siempre, por ejemplo, la *Oda magna a las Nereidas*. La espera era angustiosa y el silencio expectante.

El sábado por la mañana Nicomedes envió un mensaje con el primer chancero en pasar para avisar en el salón de baile que esa noche no tocaba. También le encargó llamar de urgencia al pastor Haller.

Cuando el pastor llegó por la tarde, Nicomedes lo hizo pasar al dormitorio donde Roxana se encontraba hasta el cuello bajo una sábana blanca con flores color magenta. En la cuna, al lado de la cama, yacía Violeta Marina.

—Aquí estoy en respuesta a tu llamado —dijo el pastor en la puerta después de haberse quitado el sombrero.

—Gracias por haber venido, pastor —dijo Nicomedes recibéndole el panamá—. Es por el asunto de la niña. Nació muerta y...

Varias perlas grandes de lágrimas rodaron cuesta abajo por las mejillas de Nicomedes. El pastor trató de consolarlo poniéndole la mano derecha sobre el hombro.

—Y entonces tú me llamaste para los oficios religiosos de la sepultura —dijo el pastor—. ¿Por qué no me dijiste para qué era?

—Pues... —vaciló—, tuve que enviar el mensaje por boca y no me pareció bien decirlo así no más.

—De acuerdo —dijo entrando al dormitorio—, lo haré de todos modos.

—No sé cómo agradeceréelo, pastor.

Cuando los dos hombres penetraron al dormitorio Roxana dormitaba debajo de la sábana hasta el cuello. La cortina blanca descorrida a medias en la ventana dejaba entrar la tarde aún transparente mezclada con una brisa tibia y agradable. Al lado de la cama, dentro de la cuna, reposaba el estuche bivalvo de Euterpe en cuya concavidad yacía la diminuta criatura sin vida. El pastor retrocedió estupefacto, miró consternado a Nicomedes quien no se inmutó, pues todo estaba premeditado obedeciendo esquemas trazados que el religioso tal vez jamás entendería.

—¿La vas a enterrar en ese estuche de violín? —preguntó escandalizado— ¿No estarás ebrio?

—No, pastor —dijo lúcido y sereno—. Toco en las cantinas, pero jamás bebo una copa.

—No creo que sea una buena idea... —dijo calmado—, por qué no haces...

—No, pastor —interrumpió—. Si me dice dónde está el pecado o la falta de moral, entonces haré lo que usted proponga. Si usted rehúsa yo mismo leeré los oficios fúnebres.

El pastor, a duras penas, aceptó y salió tras Nicomedes, quien llevaba debajo del brazo derecho el estuche que en otros tiempos portaba a Euterpe y que en ese momento contenía a Violeta Marina. Silenciosos, caminaron ascendiendo

lentamente a través de senderos sinuosos escasamente delimitados hasta la colina frente al mar donde Nicomedes solía ensayar sus partituras de ensueños. Había cavado con anticipación la fosa en forma de violín. Mientras el pastor oficiaba la breve ceremonia, Nicomedes lo escuchaba inmóvil, mirando fijamente el estuche bruñido de Euterpe debajo del cual reposaban los restos de sus sueños grandiosos; de tiempo en tiempo se secaba los ojos y las mejillas con un pañuelo arrugado. Ambos, con la mano desnuda, llenaron la fosa echando tierra blanda sobre el estuche cuyo sonido hueco de tambor se percibía cada vez más distante.

Terminado el funeral, se miraron, luego ambos miraron a Euterpe y su arco que yacían frente al montículo. Nicomedes levantó el violín a la altura del corazón mientras sostenía frente a las cuerdas yertas de este el arco tieso.

—Gracias, pastor Haller —dijo—. Usted puede irse en paz. Yo me quedo.

El pastor se fue. Nicomedes pensó entonces que el dolor no estaba en la muerte sino en la vida. Luego levantó a Euterpe un poco más, a la altura del cuello, vio en él sus ojos inundados de lágrimas aún tiernas, pero también vio el reflejo del mar detrás. Rozó el arco sobre las rígidas cuerdas, y sin coordinar los movimientos del brazo el violín vibró como por algún encanto recóndito y permanecieron estáticas, en remanso, en el viento triste del crepúsculo notas magnánimas armónicamente encadenadas, y tocó el réquiem que nunca compositor alguno haya transcrito. Al concluir, acostó el instrumento sobre el montículo sin

LENITO ROBINSON-BENT

flores ni coronas, en forma atravesada puso el arco encima  
y se alejó en la sombra de la noche dejando tras sí a Violeta  
Marina, a Euterpe y a su réquiem magistral.

París, 3 de mayo de 1984

## ▪ LAS BODAS DEL TIBURÓN DE PLATA

ME LLAMAN SOLIVÁN Y ME DEDICO desde hace veinticinco años a la tarea de esperar el próximo barco que, con toda seguridad, traerá a mi novia con quien me casaré. No me acuerdo cuántos años tengo exactamente; mi abuelita no me lo ha vuelto a decir desde hace tiempo, y lo único que dice a veces es que yo llevo veinticinco años en esta tontada, y yo sólo sé que nací para esperarla. Debió llegar en el barco del viernes pasado, pero no llegó. No sé qué habrá pasado. Con toda seguridad llegará hoy. La vi anoche, o tal vez fue un sueño, o me lo dijeron. Así fue, ahora que lo recuerdo. Alguien vino de la playa gritando: «Soliván, Soliván, tu novia llegó en el barco, ve a buscarla, que te está esperando en el embarcadero». Así dijo la voz desde la calle mientras, acostado sobre una oreja, yo dormitaba.

Yo no la conozco personalmente puesto que nunca la vi. Sé que se llama Ondina porque a mí me gusta ese nombre y yo quiero que así se llame. Suena a algo lindo; no sé a qué, tal vez a ángel. También sé cómo es ella: es alta como una palma y su piel morena tiene el color de la

canela, como dice la canción, y tiene los ojos sonrientes. Nunca la vi, sin embargo es como si nunca la perdiera de vista. En este momento en que escucho mi propia voz hablar de ella, podría estar seguro de tenerla frente a mis ojos, parada con las piernas juntitas, las manos la una dentro de la otra sostenidas de frente a la altura de la cintura, la cabeza gacha mirándome fijamente con los ojos desbordantes de sonrisa como sólo ella lo sabe hacer. No digo más. Es mejor esperar que ella llegue en persona; dentro de poco estará aquí sobre la playa de la alegría.

Hoy es domingo y la playa está llena de gente de todos los sectores de la isla, porque hay carreras de caballos, apuestas, bailes, música, partidos de béisbol y todos andan locos y sueltos. La gente dice que soy un loco cuando ellos están más locos que yo. Ese señor corpulento, por ejemplo, vestido de pantalón azul y camisa con paisajes está más loco que yo; sólo hay que ver cómo apuesta tan airadamente y agita las manos y salta de un lado para otro y discute simplezas ruidosamente, parece que en una de esas le va a pegar a alguien. Si yo fuera de sus amigos le quitaría las riendas de uno de los caballos y se las pondría a él.

Hay demasiada gente en la playa. Así sucede los domingos. Aquí el extremo de la playa, sobre las rocas, es más tranquilo, además es mucho más despejado para ver arribar el barco que traerá a Ondina. Desde aquí me tiraré al agua y nadie me podrá detener como lo hacen siempre. Cuando me vean nadando ya estaré alcanzando el barco al cual me subiré como un pulpo, rescataré a Ondina en mis brazos, nos lanzaremos riendo al agua de nuevo y volveremos a

la playa nadando de dicha. Ella también sabe nadar como una sirena... a veces pienso que ella es una sirena.

Mi papá no quiere que yo venga a la playa a esperar el barco que traerá a mi novia. Él dice que yo me pongo a imaginar cosas raras que no existen. Yo le dije que yo la quería, la quiero, y que el pastor de la iglesia ya prometió casarnos en unas bodas grandes que luego serán amenizadas con música de guitarras, acordeones, tambores, violines y mucha comida y mucha bebida, pero mucho más que en las fiestas de los domingos en la playa. Mi papá siempre trata de asustarme con el cuento del tiburón, pero yo no le tengo miedo. No sé, pero es posible que algún día venga uno mientras yo esté nadando hacia el barco.

Así va a suceder: una vela blanca aparece a los lejos en el horizonte y cuando esté cerca empiezo a nadar con todas mis fuerzas, más rápido que la barracuda de don Simón. Cuando esté ya lejos de la playa la gente me grita, «tiburón, tiburón; devuélvete Soliván», pero yo no los escucho a causa del viento fuerte que no me deja oír nada, y aunque oyera no les creería nada, siempre me dicen mentiras para asustarme, y además, tengo demasiado afán para llegar adonde está mi Ondina. Y viene el tiburón que ya se voltea bocarriba para cortarme una pierna. Sobre la playa abigarrada la multitud reunida que mira hacia el mar está viendo cómo la aleta de plata del monstruo se desliza cortando el agua, y ellos me agitan desesperadamente las manos y gritan a todo pulmón cosas que yo no oigo y que tampoco quiero escuchar. El tiburón logra amputarme una pierna y me desmayo ahogándome en una nube de sangre que

opaca el océano; luego vuelve y me lleva la otra mientras me hundo más y más echando burbujas rojas por la nariz y la boca, retorna y me lleva una mano y después la otra, luego el tronco con la cabeza... ¿y qué tal si Ondina está viendo todo eso? Pobrecita. Yo creo que también ella se tiraría al agua.

Luego se acaba la fiesta del domingo en la playa y todos los hombres, armados de arpón, sedal, lanzas, machetes, cuchillos, empujan sus canoas al agua para salir a pescar al tiburón malhechor. Mejor no pensar en eso; sería horrible que después de capturar al tiburón y cortar su vientre mi Ondina me tenga que ver descuartizado y así no me va a querer. Es muy probable que eso suceda hoy, pero es seguro que mi Ondina llega en el barco que acabo de ver en el horizonte. Veinticinco años esperándola no es nada, y si el tiburón plateado no me come, las bodas serán más grandes que todas las fiestas de domingo en la playa.

Bogotá, 3 de febrero de 1985

## ▪ PUERTAS CIRCULARES AL VIENTO

SIEMPRE ESPERÉ QUE TODOS LOS otros domingos fueran como el día después del huracán. De eso, no recuerdo hasta qué edad mantuve ese flamante deseo, mas lo cierto es, y eso sí lo recuerdo muy bien, que a los nueve años aún abrigaba esa viva esperanza infantil. Fue por esa época que mi exceso de curiosidad me indujo a desarmar, tachuela por tachuela, la nueva silla de montar de mi abuela, para luego llegar a la única conclusión de que debajo del faldón y del asiento de cuero bruñido había sólo un tosco armazón de madera. Recuerdo que ese día mi abuela salmodiaba amenazas de ejecución —si alcanzaba a agarrarme— toda la tarde. «Deja que te coja y verás cómo te muelo a palos —vociferaba para que todos los vecinos oyeran e interrogaran sobre los motivos de su exaltación—. Nueve años y todavía andas en esas cretinadas de mongólico». De modo que no tuve otra alternativa que aislarme en la copa de un cerezo silvestre viejo muy arriba en el monte hasta que a mi abuela se le bajara la rabia. Desde mi improvisado refugio de pájaro estival pude ver el mar azul. En el centro

de todo ese llano desierto yacía cuan largo era ese gigantesco collar albo y espumoso tendido de extremo a extremo, divorciando los mares de los océanos. Entonces, dejé de escuchar la voz de mi abuela y, entregado a la contemplación de aquel paisaje singular, empecé a recordar los detalles del día siguiente al huracán con tanta autenticidad que el antiguo anhelo se me volvió a encender con un ímpetu heroico como si desde siempre hubiera estado ahí una llama inextinguible y de un momento para otro se hubiera convertido en antorcha, luego en incendio forestal.

No sé por qué me empeño en afirmar que fue un domingo; no podría estar seguro de ello, pero dígame que lo fue, después de todo, qué importa el nombre del día. Basta con decir que fue el día más límpido conocido por el calendario, bien que no lo haya registrado como tal. Aquel día la isla amaneció con la faz paradisiaca que debió tener el Edén en la primera alborada de la creación. Hacia los cuatro puntos cardinales se desplegaba un paisaje intensamente puro, nuevo, llano, sin edades ni confines, desde mi casa hasta el mar, desde el mar al océano, desde el océano hasta las inmensidades más insondables que el recuerdo. Miré la planicie junto al arroyo donde siempre había estado plantada una choza decrepita construida con hojas de palma de coco, y en su lugar sólo vi caos, troncos de árboles ajados y entrecruzados, grandes raíces tentaculares en el aire como dedos entreabiertos y suplicantes de un náufrago que se hunde en su tercer y último clamor, ramajes desgajados que exponían al sol largas franjas blancas; ni siquiera el mínimo indicio de que alguien hubiera

vivido allí durante el último medio siglo. Por el lado de las montañas, la falda se había mantenido intacta, bien que la cima relucía un aspecto de calvo reciente.

Fue la primera vez que vi tanto mar junto, con siete colores repartidos en franjas geoméricamente delineadas en un vidrio traslúcido colocado sobre un remanso de acuarela sin tiempo. Antes, sólo le había visto de lejos una reducida franja atravesada por una línea delgada de espumas como las de la cerveza desbordada sobre un vaso rebosante, cuando de tiempo en tiempo me subían al mostrador de la tienda de mi padre. Desde allí podía ver las pálidas siluetas de las gaviotas solitarias llenarse de sombra contra el atardecer. Después del huracán la playa estaba mucho más cerca de las casas; las ráfagas salvajes de viento habían borrado el compacto cocal que servía de tabique entre el mar y el sitio donde yo solía estar. Fue como si la noche, presa de una crisis pantagruélica de ira, hubiera descornado los pliegos polvorientos del cortinaje imperial de las épocas vetustas para permitir la entrada de los rayos chispeantes de una nueva era de luces cuyo resplandor efímero había de pin-celar en mi memoria un cuadro nítido e indeleble. Los senderos donde mis pies habían revuelto el polvo canicular de marzo ya no eran sino un lecho confuso y caótico de troncos ajados y trenzados, donde el viento feroz y apasionado celebró nupcias orgiásticas como la noche de sílex. Todas las cosas parecían respirar bajo un aura nueva y sin mácula, más reciente que todos los recuerdos.

Durante la noche anterior al huracán, nos arrinconamos todos en la cocina; mi hermano menor y yo nos

pusimos al abrigo de una pila de cáscaras de coco secas, y frente a nosotros los abuelos silenciosos y expectantes, sentado él junto a ella sobre una banca de madera; la luz macilenta de la única linterna de queroseno delineaba torpemente sus siluetas gemelas y enanas sobre la pared de madera gris que debió de ser blanca en tiempos remotos. Al principio sólo éramos cuatro. Afuera el viento cuya furia crecía progresivamente revolvía las copas de los árboles con un bullicio oceánico; se escuchaba cada vez más cerca el rugido cavernario de la bestia eólica en sus esfuerzos sónicos para desempotrar la casa de madera de la tierra. Luego de las pausas, a intervalos irregulares entre una y otra ráfaga el torbellino renovaba su faena destructiva con redoblados ahíncos. Y aquel ruido de horror, cada vez más próximo, caminaba a pasos agigantados sobre los árboles, en los potreros, sobre las casas, para llegar a expirar entre las ranuras de las puertas y ventanas emitiendo silbidos melancólicos antes de apretar su postrimer agonía y ceder el silencio momentáneo a otras notas del mismo género. Nuestra casa fue una de las pocas que no se dobló ante el rigor del temporal, bien que crujió decorosamente hasta el último clavo y cabeceó como una goleta en alta mar. La noticia sobre la solidez de la casa de dos pisos voló más velozmente que el viento y aun en contra de él. Durante una de las breves pausas de los vientos huracanados del norte, mi abuelo alcanzó a entreabrir una de las ventanas hacia el sur; me levanté, me asomé a través de la franja vertical de noche y, aunque no pude ver a nadie, percibí los apagados rumores lejanos y luego vislumbré las siluetas nebulosas de

siete u ocho personas; fue entonces cuando me di cuenta de que hablaban apenas debajo de la ventana. Caminaban apretados los unos contra los otros para conspirar contra la fuerza del viento. Eran nuestros vecinos, los Britton, que llegaban desde los lados del arroyo. Luego supimos que su casa había sido arrasada por completo.

Desde poco después del medio día anterior, mi abuela había tenido el presentimiento de algún desastre de la naturaleza que, de no haber sido huracán, sólo habría de ser terremoto o maremoto. Y ciertamente, por la tarde, poco antes de la puesta del sol, el firmamento había empezado a poblarse de nubarrones espesos y cenicientos estacionados sobre las casas, las montañas, los árboles, el mar, concediéndole al atardecer el aspecto malva de un paisaje invernal visto a contraluz. Las garzas y los alcatraces se mudaban en hordas interminables a puertos menos expuestos a catástrofes. El ganado se juntó en densos grupos en un rincón del potrero; dentro de la casa las cucarachas volaban a diestra y siniestra mientras en el patio las gallinas, más consternadas que nunca, la cabeza en alto y el cuello estirado, con el sentido de la orientación trastornado, se paseaban mirando hacia todos los puntos cardinales. Un viento demasiado fresco, sin estar aún frío, empezó a soplar discontinuamente desde la dirección donde mi abuelo sabía que habría de venir el huracán; luego, ese viento cuya fuerza progresiva se iba manifestando más y más entre las copas de los árboles ya tomaba cuerpo y tentáculos de desastre de magnitudes incalculables. Al mismo tiempo que mi abuela soltaba los cerdos y las gallinas mi

abuelo se ocupaba en cerrar herméticamente las ventanas con crucetas de madera y en poner espeques de postes y vigas para ayudar a sostener la casa. Cuando finalizó esa tarea sudaba a torrentes; se paró en la mitad del patio y miró la casa desde abajo hacia arriba como quien mira desde el puente de un barco un pájaro raro posado sobre algún sitio del mástil, y dijo gritando para que alcanzáramos a escucharlo desde adentro, que si las trancas cedían tendría que abrir todas las ventanas y puertas para que el viento pasara libremente a través de la casa encontrando así un mínimo de obstáculo.

A esa hora el viento tocaba notas desacompañadas en los extremos sueltos de las tejas de zinc en el techo.

No supe cuánto tiempo había transcurrido. Afuera, el viento rugiente centrifugaba todas las cosas hacia quién sabe qué distancias remotas. Adentro, los pocos hombres cuyos martillos proyectaban sombras gigantes sobre la pared ahumada frente a la llama imprecisa de una linterna clavaban diligentemente trancas y cruces suplementarias a paredes, ventanas, techos y por doquier. La casa había tomado características de lo que hubiera podido ser una réplica del Arca de Noé en una generación acorazada. En el rincón más abrigado, las mujeres cabizbajas, mascullaban en coro rumores de salmos ancestrales; durante las pausas levantaban la cabeza y entonces se les podía ver los ojos al otro lado de la penumbra doliente de la linterna; la llama difusa amenazaba con apagarse de una vez por todas debido a las fugas de aire sibilantes filtradas por la hendidura de la puerta o por cualquier otro orificio minúsculo

en alguna parte de la madera. Los niños de los vecinos lloraron por hábito, luego por miedo y finalmente se durmieron atravesados los unos sobre los otros, todos sobre un colchón viejo de rayas rojas que mi abuelo había bajado del segundo piso a la cocina desde temprano. Yo también me quedé dormido, por consiguiente nunca me di cuenta a qué hora cesó de soplar el huracán. Mas lo cierto fue que cuando me desperté estábamos aún anclados ahí, pero a la luz del día siguiente. No se sentía siquiera un leve soplo de aire sobre la piel, no fue fácil determinar si se movían las hojas sobre los árboles por cuanto no quedó uno en pie entre la casa y el mar; todo el paisaje que tan familiar me era había sido trastocado por otro sembrado de un bello caos, pero con un sol rejuvenecido pendido sobre el cenit de un nuevo amanecer. Ahora trato de recordar en qué época sucedió eso, sin embargo no logro precisar nada. Debí ser por los tiempos de Navidad por aquello de los juguetes y la ropa nueva que siempre me compraban por esa época del año.

Tampoco me acuerdo a qué edad abandoné el pueril deseo del retorno del huracán, pero sin duda alguna, ese anhelo me acompañó fielmente por muchos años, por todos aquellos en que me quedé esperando en vano al amparo de la sombra y el silencio a que llegara otro huracán que habría de traer tras sí otra mañana nítida, un día que no habría de ser sino la hoja de pergamino virgen sobre cuya superficie de fondos primaverales yo habría de escribir una carta de amor a una deidad mitológica del mar. Si bien prefería el efecto a la causa, nunca llegué a concebir

la posibilidad de establecer un divorcio entre las dos partes del deseo.

Aun ahora, cuando dejo de pensar en cosas útiles, a saber: los altibajos de la vida cotidiana, los peligros de las guerras, la lucha por la supervivencia en este planeta que resulta cada vez más invivible, o cuando me robo una pausa breve para olvidar momentáneamente las martin-galas académicas tales como cifras, letras, claves, fórmulas, ecuaciones, teoremas y otras anotaciones de origen enciclopédico, durante ese tiempo libre, el único que me pertenece verdaderamente, me dedico a recrear y ventilar viejas nostalgias, a pensar en esperas y silencios, nupcias y ausencias, a pensar en aquellas cosas que siempre esperé —creo que aún las espero— y nunca llegaron: una bicicleta verde a los diecisiete años, una novia morena descalza sobre la arena de la playa más distante de mi casa a los doce años, un helicóptero de juguete con luces intermitentes rojas y verdes a los nueve, un bergantín con tres palos —tamaño infantil— a los ocho, el regreso del huracán entre los cinco y los... (?), y muchos otros caprichos latentes cuyas huellas se iban borrando conforme pasaban los años y las viejas ansiedades de niño iban siendo paulatinamente reemplazadas por angustias propias de adultos. Y sin embargo, de repente me renacen vetustas esperanzas y anhelos olvidados, y entonces vuelvo a creer que si bien la espera casi nunca sale premiada, existe algo inexplicable y absurdo en las circunstancias de la vida cotidiana, de lo cual uno se ase férreamente para nutrir optimismos que se van ensanchando en círculos cada vez más amplios a la

manera de los anillos concéntricos formados al ser lanzada una piedra al centro de un lago en remanso.

París, 23 de marzo de 1984



## ▪ EL VIERNES DEL HIDROAVIÓN

SÍ, PADRE. CÓMO NO ME VOY a acordar de aquel viernes tumultuoso cuando llegó el hidroavión a la playa aquí enfrente. Yo tendría algo así como ocho años mal contados; sin embargo he conservado siempre fresco el recuerdo de aquella conmoción nacional que nos enlutó forzosamente a todos, no por lazos familiares ni amistosos con quien era ya el muerto, sino porque la magnitud de los funerales de monarca legendario produjo un ruido tal que, por momentos, cada familia llegaba a tener la casi certera impresión de tener el cadáver en su propia casa. Desde el jueves anterior, con una rapidez de relámpago, se había difundido la noticia con tanta eficacia de modo que el viernes por la mañana ningún habitante de la isla de San Macario ignoraba la noticia aciaga del fallecimiento de Orestes Archfield en el extranjero. También habíamos sido informados de que sus restos de patriota ilustre y ciudadano ejemplar habían de ser expuestos en la sala múltiple de la alcaldía para recibir las honras póstumas de parte de la adolorida ciudadanía, según rezaba el decreto oficial promulgado para

la ocasión. También se había anunciado que sus despojos llegarían en un hidroavión. En realidad, casi nadie tenía la más mínima idea de lo que podría ser un hidroavión. Ni nociones. Tú debes recordar muy bien que el jueves anterior, casi entrada la noche a la hora en que escuchabas en la radio alguna remota emisora, un grupo de hombres, serían diez o doce, todavía en indumentaria de jornaleros y pescadores irrumpieron en la sala de nuestra casa sin haber sido invitados, con un ruido largo y confuso. Dizque habían apostado, los unos afirmando que el hidroavión era una especie de gaviota gigante hecho de palo y lona que volaba, los otros aferrándose a la idea de la concepción de ese aparato como un gran pez volador, pero de alas más largas. ¿A qué fue a lo que habían venido? ¡Ah! Ya lo recuerdo. Fue para que tú mediaras en la apuesta, ¿cierto? Ellos decían que tú sabías mucho porque tenías un radio transistor y escuchabas hombres que hablaban desde lejos; además tenías libros y te llegaban periódicos atrasados de Panamá. Fue entonces que sacaste la vieja pizarra en donde nos enseñabas a sumar, restar, multiplicar y dividir números ejemplificados con cocos, y sentado sobre una vieja silla de mimbre, te acomodaste frente a ellos con un aplo-mo de maestro de escuela viejo, y ellos, los unos sentados, los otros arrodillados desordenadamente sobre el piso de madera recién encerado, se dispusieron aplicadamente y en silencio a seguir con la vista las uniones de líneas y curvas que iba dejando tras sí la tiza en cada chirrido. Además del dibujo improvisado, las explicaciones metódicas de precisión didáctica iban despejando cualquier sombra de duda

que hubiera podido quedar. Al día siguiente, luego de la confrontación con la realidad, todos coincidieron en afirmar que el hidroavión era igual al que tú habías pintado, pero ahora eso no tiene importancia; lo que te estoy recordando es la magnitud de la turbamulta en la playa ese día.

La noche del jueves, seguido de una nutrida comitiva vestida de luto hasta los puños, el alcalde recorrió la isla a caballo para enterar personalmente a la población de la desgracia que acababa de acaecer, según el mensaje recibido en código morse, y también quería aprovechar la ocasión para promulgar de viva voz el decreto mediante el cual elevaba póstumamente a Orestes Archfield a la categoría de héroe benemérito, no sólo de la isla sino también de la patria entera, y por lo tanto este disfrutaría de funerales grandiosos, féretro envuelto en el pabellón nacional y tirado por cuatro caballos blancos, etcétera, reservados únicamente a los grandes héroes de la historia universal. También había declarado el viernes día cívico. En cada sector, en los lugares más frecuentados, como tiendas, cantinas, salas de dominó y de bailes, se detenía bruscamente y, sin bajarse del caballo, el alcalde profería con gritos desafinados los términos del nuevo decreto que acababa de entrar en vigor y el cual, además de abarcar párrafos laudatorios, contemplaba el cierre de todos los establecimientos, tanto oficiales como privados, lo mismo que la prohibición de todo género de manifestaciones, actos, o iniciativas que pudieran atentar contra el respeto y el protocolo luctuoso que merecen las grandes figuras en los momentos de conmoción nacional. Agregado a todo lo anterior, izar

la bandera nacional a media asta fue proclamado deber y obligación cívicos.

Desde temprano el viernes, a la salida del sol, sobre la playa los agentes del orden se fueron colocando estratégicamente en sitios previamente asignados para, cuando llegara el avión, evitar, según palabras textuales del alcalde, «aglomeraciones confusas e histeria colectiva». Plantaron postes, tendieron sogas alrededor de la playa haciendo cercos semejantes a aquellos que se hacen para contener el ganado en los potreros, trazaron calles, desfiladeros y laberintos intrincados desde y hasta el mar con zonas reservadas para las autoridades militares, eclesiásticas y civiles, al final de las cuales se desplegaba una amplia explanada para «el pueblo adolorido», todo concebido y realizado dentro de una organización precisa y una disciplina insuperable.

Desde la hora gris del alba las mujeres descalzas se vinieron bajando las faldas de las lomas peladas con niños llorosos sobre las caderas, abandonando los oficios domésticos del día entero sin que un fósforo se encendiera en la cocina. Los hombres, luego de la prohibición oficial no tuvieron más remedio que dejar en cualquier rincón del patio los machetes, canaletes, anzuelos, palas, hachas y cuanta herramienta tuvieran, para sumarse a la inevitable paralización de la isla de San Macario. A las nueve de la mañana toda la isla se encontraba reunida sobre la playa, tal vez no tanto para rendir el homenaje póstumo decretado, sino más bien para saciar la curiosidad colectiva en lo referente a la naturaleza del hidroavión. Tampoco faltaría quien aprovechara la oportunidad para agradecer

silenciosamente al Altísimo por haber retirado a Orestes Archfield de entre los vivientes. Razones tenían de sobra para justificar la satisfacción de ese último deseo cumplido. No te duermas, padre, que ahora te llevo al grano del asunto, esto no es sino para que te refresques un poco la memoria. Ahí frente a la tarima el alcalde debió salmodiar la monserga fúnebre preparada y redactada por él mismo para la ocasión, estaban los colegiales alineados en fila india, vestidos con uniformes de gala y guantes blancos tras su banda de guerra, emitiendo réquiems improvisados y desafinados en los tambores, cornetas y platillos durante toda la mañana bajo el sol canicular de marzo. Más allá de los colegiales, a ambos lados de la tarima, los agentes del orden luciendo trajes de gala formaban el corro a las autoridades. Y más allá de las líneas tendidas la isla no emitía señal alguna de vida; parecía que en un acto colectivo de previsión contra alguna catástrofe que se avecinara, toda la población, desde hacía varios días, quizás semanas o meses, en grandes desbandadas hubiera abandonado completamente la isla. Ni un hilo de humo ascendía sobre los techos rojos de las casas, ni una ventana abierta; todo dormía detrás de una especie de letargo sin tiempo. En ese momento todos los ciclos de la vida se desarrollaban sobre la playa en torno a la muerte de Orestes Archfield.

Todos parados en la punta de los dedos de los pies, sumidos en un silencio denso y compacto igual a aquel que habían mantenido toda una vida ante las decisiones irrevocables, las ambiciones sin límites y los caprichos desmesurados de Orestes, escudriñaban el filo recto y despejado

del horizonte para registrar el instante preciso en que el hidroavión irrumpiría en el dominio de este mundo con su carga ilustre. No te desesperes, padre, que ya casi voy llegando adonde quiero llegar, pero para que la historia no quede con lagunas ni vacíos, ten un poco de paciencia, que te recordaré lo que he escuchado decir por ahí. Pues, en aquel tiempo yo no había nacido aún; a mí me lo contaron. Tú debes saber mejor que yo.

Jubilado de la marina americana luego de la Segunda Guerra Mundial, Orestes vino aquí con un barquito de motor, el primero que se vio por estos mares dizque para modernizar el sistema de transporte y acortar la distancia entre la isla de San Macario y el mundo civilizado, según decía él. A propósito, ¿cómo se llamaba el barquito? Ah, ya me acuerdo. La Galera Dorada, ¿cierto? Después de unos cuantos viajes entre la isla y lo que él denominó el mundo civilizado, Orestes mandó construir su propio muelle al otro lado de un local inmenso, también suyo, destinado a bodega y almacén. Fue así como empezó a traer y vender toda suerte de baratijas al por mayor y al detal, al contado y a crédito, por trueque y por hipoteca. También fue así como la población consumidora llegó a familiarizarse con alimentos enlatados de etiquetas multicolores en varias lenguas y tuvo la oportunidad de saborear la más variada gama de productos en conserva, sin jamás aprender a pronunciar sus respectivos nombres. De la misma manera, pudieron conocer las gaseosas con burbujas efervescentes en botella, la cerveza, el confite con goma de mascar dentro, la pimienta en polvo, los sostenes femeninos con

elástico, el salchichón colgado, las chancletas de caucho, el vino fino, los jabones de tocador perfumados, los platos de porcelana, el agua de Colonia, los calzoncillos de Jockey, la peluca para mujeres, las galletas de mantequilla, la mermelada de fresa, las toallas higiénicas, el reloj de muñeca, las enaguas de seda, los cubiertos de acero inoxidable, los esmaltes para uñas, los pintalabios seductores, las muñecas rosadas de ojos parpadeantes, las bacinillas con flores pintadas en el fondo, los cuadernos con la tabla de multiplicar en la pasta, el reloj despertador, la crema de afeitar, los calcetines elásticos, el estilógrafo con bomba de tinta incorporada, los lápices de colores, el abrelatas, el sacacorchos, el cortaúñas, las gafas de sol, las toallas con paisajes, las sábanas y cortinas con fondos de jardines primaverales, las linternas de pilas, el sedal de plástico, los cigarrillos extranjeros, el papel higiénico, el anzuelo transparente, los vasos de plástico, la camisa de nailon, el talco perfumado, el veneno contra ratones, las botas impermeables, los gorros para capitán, el almanaque *Bristol*, la escoba plástica, los corbatines con elástico, los anillos niquelados, los manteles de plástico con dibujos abigarrados de frutas tropicales, la bandera nacional con etiqueta *Made in USA*, y eso no es todo, padre. Acuérdate que también trajo las faldas con pliegues acordeonados, el perfume para la buena suerte, el juego del bingo, los naipes con posturas pornográficas, los forros plásticos para cuadernos, el radio transistor, la ginebra seca, las inyecciones contra fiebre amarilla para vacas, la malla contra mosquitos, el azúcar en cubo, las esquelas de cartas con paisajes melancólicos, el retrato de

Lincoln, las pastillas efervescentes contra el guayabo, la leche materna en polvo, las fotonovelas para señoritas desahuciadas, el metro plegable, el remedio contra el peso de conciencia y... no te duermas, padre. ¡Y qué más no traje! Lo último que traje, mejor dicho, que lo traje a él, fue el hidroavión, ¿cierto?

Toda la isla, embelesada y atolondrada ante ese vendaval de novedades y cachivaches que de la noche a la mañana venían invadiendo la curiosidad, hasta de los más viajados, comenzó a hacerse anotar en la lista de créditos sin cuota inicial que Orestes decía dedicado a los pobres. Tenía sistemas especiales de crédito para aquellos que querían iniciarse en las martingalas del comercio con una tienda destinada a la venta de víveres al detal. Proclamó el paroxismo de su munificencia aquel lunes temprano cuando, frente a los primeros clientes de la semana, anunció con tono discursivo su propósito de abrir un nuevo servicio social consistente en la concesión de préstamos generosos en efectivo, acto interpretado por sus nuevos deudores como otra de sus inconmensurables bondades. Pero la clientela cuyo número iba en constante aumento nunca llegó a cuestionarse sobre nimiedades numéricas ni comerciales, como tasas de interés, fechas de vencimiento, letras de cambio, etcétera, sino hasta el día menos pensado cuando ya se encontraban frente a frente con el hecho consumado. Los terrenos hipotecados en teoría pasaban a engrosar el emporio de Orestes en la práctica. Y con todo eso no se alarmaban tanto ya que aún les quedaba el lote de la casa, mas no tardaba en llegar el día en que Orestes en persona llamaba a la puerta

para avisar cortésmente cuándo debían desocupar la casa y entregar la propiedad, al tiempo que sostenía al alcance de la vista del deudor impotente el documento oficial firmado por este último y mediante el cual él mismo se había comprometido a hacer efectivo su propio desamparo. Ves cómo es, padre. Luego, ni siquiera los dejaba cultivar la tierra que antes les pertenecía: ni pagando. A las personas mejor inmunizadas contra el virus de su farsa, les tendió una trampa casi infalible por la puerta trasera donde nadie siquiera sospechaba. Fíjate. Mandaba organizar exámenes médicos a domicilio, otro gesto de su inmensa misericordia, con consultas gratuitas atendidas por su amigo personal y único médico de la isla, Armando Praden, quien siempre acababa, según la conveniencia, diagnosticando al paciente síntomas primarios correspondientes a un tumor maligno que le roía vorazmente el organismo; hasta predecía en el calendario fechas que la víctima no sobrepasaría de no hacerse extirpar lo antes posible su monstruo íntimo. En el curso de la siguiente semana el doctor Praden atendía al paciente en el puesto de salud sólo para confirmarle la existencia de dicho tumor, y a la vez anunciarle su disponibilidad para practicar la operación quirúrgica y también para dialogar sobre los emolumentos, siempre más allá del desfondado bolsillo del paciente en urgencias. Y hasta trasladaba pasajes bíblicos a la consulta; estaba acostumbrado a recibir la misma reacción favorable en los ojos del sentenciado cuando citaba su frase de oro: «¿Qué vale todo el dinero o toda la tierra del mundo si por negligencia pierde su vida?». Ahora bien, ya el paciente de turno se

encontraba frente a dos posibilidades, ambas de la misma gravedad, solicitar un préstamo de Orestes contra la hipoteca de la tierra con un plazo fijado unilateralmente por el prestamista, o vendérsela de una vez por todas. Luego, cualquier día el médico abría a grandes tajos el vientre del presunto enfermo para dejarle largas cicatrices parecidas a ciempiés gigantes. Mas lo cierto, nunca hubo tal tumor. ¿Viste, padre? ¿Y cómo se supo? ¿Luego no te acuerdas? Acuérdate de aquella señora que tenía un lindo lotecito junto al mar, y quien era refractaria a todos los ruegos y fajos de billetes. Supimos que finalmente cayó en la letal trampa, pero el médico cometió el descuido que habría de significar el fin de su carrera profesional.

Después de la operación quirúrgica volvió a suturar el vientre de la señora dejando dentro una laña, así que, ella que antes jamás había sentido siquiera una picazón, después de la operación empezó a peregrinar día y noche a través de un martirio insoportable; fue entonces cuando tuvo sus dudas y solicitó ser trasladada a un hospital del continente donde al ser sometida a rayos X se descubrió la presencia de la laña. Después de esa segunda operación el nuevo médico la puso sobre la pista firme; sólo la habían destrozado sin habersele extirpado nada por la sencilla razón de que no padecía de nada. Ves, padre, hasta dónde llega la codicia humana, a jugar con el cuerpo vivo de uno, ¡como si fuera lagartija de laboratorio de colegio! Como te venía diciendo, al doctor Praden lo acusaron penalmente y sometieron a juicio sin que tuviera tiempo de fabricar escapatórias. En el momento en que se sintió acorralado abrió

de par en par las esclusas de su conciencia y confesó fluidamente los pormenores de todos los casos ilícitos cometidos. Hizo eso no tanto por miedo a la cárcel, como algunos suponíamos, sino para agilizar el proceso e intentar así contener la explosión del escándalo público. «¿Cómo así?», preguntarás. Pues, fácil. Confesando todo en una sola declaración compacta le ahorró tener que afrontar la embarazosa situación de ser interrogado en una sala repleta de gente, de todos aquellos que lo respetaban y lo veneraban. Estaría rodeado del odio de aquellas personas creyentes en su mano firme y cuya admiración hacia él se iría trocando paulatinamente por sed de venganza. Él, no obstante, quería cuidar su supuesta reputación a toda costa. ¿Y te acuerdas? Sólo perdió su licencia para ejercer la profesión. Sucedió que el juez era amigo y cómplice de Orestes y eso explica todo.

Cuando ya no quedó más tierra para comprar puesto que toda la isla con su mar formaba parte de su patrimonio de parafernalia, Orestes se trasladó a los Estados Unidos obedeciendo, según lo dicho por él mismo, a dos motivos: primero, porque ya había culminado satisfactoriamente su campaña civilizadora, y segundo, la edad lo inducía a pensar en la necesidad de estar lo más cerca posible al médico de cabecera. Decían por ahí que sufría de diabetes, pero no de las comunes de las señoras que tienen azúcar en la sangre; dizque el suyo era polvo de oro circulando por las venas. Eso no fue todo.

No obstante su ausencia, siguió gobernando nuestros pensamientos, palabras y acciones a control remoto desde

su piso en Manhattan. Decía cuándo había que cambiar las estacas del cercado y a qué precio había que venderlas para leña. Luego, los hijos se turnaron para heredar el tradicional triunfo absoluto en las elecciones municipales como él en sus tiempos de único caudillo visible y ubicuo del partido cuya preponderancia había borrado por completo hasta el recuerdo del partido opositor. Su victoria solía ser tan absoluta que desde hacía mucho tiempo las autoridades ni siquiera se preocupaban por organizar mesas de votación, ni imprimir papeletas inútiles, sino que de una vez tomaban los datos del último censo y al total le agregaban las últimas cedulaciones y los nuevos inscritos pero nunca le restaban las defunciones porque él, Orestes, no encontró ley alguna que prohibiera votar a los muertos, y dizque no era la persona la que votaba sino la cédula. ¿Ya te vas acordando, padre? Te he vuelto a relatar toda esta historia olvidada y desterrada de la memoria de los isleños, sólo a modo de preámbulo para entrar a tocar a fondo lo que vine a contarte esta noche. Quería hablarte del día en que llegó el monstruo del hidroavión, revolviendo el mar hasta sus profundas entrañas y espantando peces, tortugas, pulpos, langostas y toda la fauna marina. Dijeron que ese día las langostas volaron. Y como decía, alrededor del mediodía se divisó hacia el norte una diminuta figura de algo así como una golondrina en el firmamento, la cual crecía vertiginosamente mientras se aproximaba. Llegó primero el rumor metálico del motor, luego su ruido ensordecedor. Todos los presentes nos levantamos sobre la punta de los dedos de los pies mientras el aparato venía perdiendo altura, lo

que daba la impresión de estar viniendo directamente al núcleo de la multitud. La mezcla de curiosidad y miedo llegó a su punto de ebullición cuando a lo lejos los flotadores de superficie y el casco del avión cortaron como sobre mantequilla fresca la quietud del mar dejando una estela de espumas níveas. Todos coincidimos en agacharnos al mismo tiempo, pero el avión frenó a pocos metros de la orilla. Lo vimos monumental, inflado, monstruoso, bello, quieto, inofensivo, distinto de todas las cosas conocidas. Alguien vestido de enterizo anaranjado fosforescente apareció en el umbral al ser abierta la puerta; puso la escalera y se bajó en la canoa que le habían llevado. Después, otros cuatro hombres vestidos con la misma clase de indumentaria se dispusieron a sacar el catafalco que contenía los restos inermes de aquel considerado por largo tiempo inmortal por todos. Lo bajaron a la canoa sin haberle quitado la bandera que lo cubría; lentamente, a la cadencia del himno nacional la canoa se acercó a la orilla, el féretro fue levantado de las manijas doradas por el alcalde, secundado por media docena de subalternos. Nadie se atrevió a mover un dedo; todos permanecemos quietos en el puesto. Mientras los siete casi se herniaban para poner el catafalco en la camioneta, el viento deslizó parte de la bandera nacional que lo cubría. Fue así como pudimos vislumbrar por un instante fugaz el boato del ataúd demasiado grande para una sola persona. Era un cajón enorme, bruñido, de color marrón; parecía de madera fina, bordado en simi- lores, con un vidrio ovalado en el lugar donde supimos estaba la cara, y por donde no miraría a ninguna parte. ¿Te acuerdas? El

avión tenía pintada sobre la cola una bandera con franjas horizontales rojas y un cuadrado azul constelado de estrellas blancas; esa no era la que estaba sobre el ataúd de Orestes, sino la nuestra. Nos pusimos a mirar cómo se iba a elevar de nuevo el avión, y cuando estaba arrancando, ya los despojos del muerto ilustre se encontraban en la camioneta municipal que despegó como un bólido dejándonos envueltos en una nube de polvo que apenas si nos alcanzó el tiempo para taparnos la cara con la mano, y eso fue todo lo que vimos del sarcófago faraónico. Una vez despejada la nube de polvo, nos dimos cuenta de que por el otro lado el avión nos había bañado con furia infernal al despegar. Con todo, estábamos demasiado indignados para determinar si nos sentíamos ofendidos o vengados.

París, 20 de febrero de 1984

## ▪ DILE QUE... ME MORÍ DE VIEJA

«DILE QUE... ME MORÍ DE vieja». Y estoy esperando con el lápiz sostenido a una cierta distancia sobre el papel, mirándola fijamente con la esperanza de ver alguna señal de retractación, aguardando que ella corrija la fórmula de introducción de la carta. Ella se da cuenta de mi vacilación. «Eso mismo. Dile que me morí de vieja». Ella permanece inmóvil en la antigua mecedora de mimbre mientras medita y sopesa cada palabra antes de dictarla. «Tal vez con esa frase logre deshelarle ese corazón de mármol». Yo me apresto a transcribir la frase cuando me interrumpe. «No pongas esto». No lo transcribo y quedamos en silencio, ella meditativa, yo expectante. «Dile que tengo noventa años, con un pie en la iglesia y el otro en el cementerio, y el corazón con él. Ya no veo casi nada, sólo masas, masas grandes y amorfas rodeadas de sombras; tengo telarañas creciendo en los ojos. Dile que no recuerdo muy bien cómo es su cara; debe haber cambiado mucho y no lo reconocería aunque no fuera cegata...». Una larga pausa, un suspiro profundo, otra pausa corta. «No escribas esto. Tengo

que tratar de revolver el recuerdo para ver si encuentro algo útil para poner en esta última carta, porque tú te vas pronto y no habrá quien me haga otras líneas... Aquel domingo por la noche llegó corriendo a casa, casi sin aliento; tenía mucha prisa porque se embarcaba al alba. Tendría unos veintitrés años bien cumplidos y un sueño loco mal guardado. Dijo que quería escaparse del servicio militar. Yo me opuse tajantemente a su decisión, sin embargo él estaba dispuesto contra viento y marea a dejar atrás mujer, hijos y madre, y esa noche se embarcó al silencio. Prometió escribir y enviarme muchas cosas, promesa que cumplía sagradamente al comienzo de su ausencia, luego lo hacía de cuando en cuando, y ahora, nada. Nada. Dile... —me sobresaltó por estar concentrado en el relato y distraído en sus gestos dignos de lástima— que su hijo mayor contrajo matrimonio, que el otro ya se fue de casa como él. Dile que la casa se me está cayendo encima, está podrida la madera y el techo gotea; cuando llueve duermo de pie en el rincón donde él tenía su cama, si aún lo recuerda; que los lagartos anidan en la almohada donde pongo la cabeza, el verano sol, el invierno lluvia... dile que estoy decrepita, ya no soy la madre grande y fuerte que cargaba con los tres hermanos cruzando el arroyo para llevarlos a la escuela. Tiene que venir a verme, me va a encontrar como una ciruela pasa llena de canas y caspas». Trato de moderar la expresión, ella ve que yo vacilo. «Dile eso mismo». Sin arrepentimiento lo escribo. «Pregúntale qué le he hecho para merecer tanto olvido. Todavía tengo limpia mi conciencia de buena madre. He perdido todo menos eso.

Recuérdale que también le fui un padre tierno. Madre, padre y mártir en una sola víctima; sí, mártir del recuerdo del sufrimiento, de la espera. Dile que nunca le pude presentar a su padre sino por vagas descripciones, no porque no lo conociera, sino que la voluntad de Dios me lo impidió». Hace una pausa larga mientras mira lejos sobre el mar como si escrutara los arrecifes lejanos para señalar algo, pero ya no ve nada. Y yo la miro callada y fijamente; veo en los bordes de sus ojos, por entre las pestañas canosas dos gotitas de lágrimas empezar a descender lentamente. Hay una pausa larga.

«No escribas esto. Su padre salió una noche a pescar. Soplaba el viento del norte; yo dormía y soñé con él, cosa rara en ese tiempo. En el sueño escuché el ruido acostumbrado de los canales al ser descargados encima del techo de zinc de la cisterna, abrí la ventana y allí estaba él parado en el patio, vestía un viejo pantalón de paño negro y una camisa escocesa roja, estaba descalzo, con la cara pálida y triste, y flotando a media yarda sobre el suelo. Me desperté a la deriva en un sudor espeso, y delirando de pesadilla. Me costó tiempo y trabajo llegar a acertar si fue un sueño o si fue de verdad que lo había visto y oído todo, luego me quedé acostada, temblando y así permanecí hasta el amanecer, pensando en él, esperándolo a sabiendas de que no volvería, y desde aquel día, aguardando sin esperar a nadie, y cuando los hijos crecieron yo nunca encontré la forma de juntar las palabras para decirles cómo era su padre. Sólo pude decirles que él era bueno y los quería a todos... Aquí todo llega por mar y por mar se va».

«Dile que si cree en Dios, por favor venga a verme, no por mí, sino por él. Que todos mis hermanos y hermanas se han muerto, los nietos se fueron de casa y me he quedado completamente sola en este mundo poblado de sombras; ya no me acuerdo de casi nada, a veces me paso la noche entera buscando a tientas la cajita de fósforos para encender la linterna de queroseno, me voy tropezando con sillas, mesas, camas, y luego de la búsqueda infructuosa me acuesto en la oscuridad para darme cuenta sólo al día siguiente de que durante todo ese tiempo la tenía crispada en la mano. También estoy perdiendo la cabeza, confundo nombres con fechas y números con lugares. Dile que... anoche vino su padre —detengo el lápiz y la veo dormitando—, dile que vino su padre con los canales al hombro y los sedales en la mano y los puso encima de la cisterna; llegó empapado y se metió en mi cama debajo de la cobija, dijo que tenía frío y sueño, se sentía solo. Preguntó por qué no has venido aún. Los dos queremos verte, pero mucho. Dile que... el pastor de la escuela dominical pregunta por él, que repase las lecciones, que venga con los zapatos embolados...». La despierto de sus sargazos de delirio con el fin de avisarle de la terminación de la carta. Abre los ojos y asiente con un movimiento de cabeza sin mirarme. Comienzo a escribir el sobre y veo que ella llora en silencio, sus dedos tiemblan sobre los brazos de la mecedora. Doblo el pliego de papel en cuatro, lo meto en el sobre y cuando procedo a cerrarlo ella me interrumpe con sus sobresaltos y su gesto consternado: «Se me olvidó algo. Dile que me morí de

vieja». No se te olvidó —le digo cariñosamente— con eso mismo empezamos la carta.

Isla de Providencia, Colombia, 11 de marzo de 1975



## ▪ EL FRATRICIDA ENCADENADO

YA ERA DOMINGO DE MADRUGADA. Dentro de contadas horas el sol comenzaría a asomarse lentamente desde el alba sobre el filo agudo del horizonte a la altura de los arrecifes, y Nathaniel Artel aún se encontraba sentado encima del viejo tronco de manzanillo, agazapado debajo del follaje frondoso de los manglares. A veinte yardas de la orilla del agua, bien surtida de provisiones y comestibles y de varias mudas de ropa, se encontraba anclada la canoa a lo largo de la cual estaba la vela enrollada al mástil, los dos canaletes sobre los asientos, todo dispuesto con todos los detalles ultimados para zarpar a un viaje largo que habría de erigir un tabique infranqueable entre él y su conciencia, y otro aún más grueso —una muralla— entre sus recuerdos y él.

Nathaniel Artel trataba de volver a armar lenta y minuciosamente la noche anterior como quien recoge las piezas desparramadas para componer un rompecabezas sin solución. No tenía seguridad de casi nada. La sola cosa de la cual no dudaba era de que había matado a su propio

hermano con cinco puñaladas certeras..., y el eco de nunca apagar le venía buscando los oídos desde el mar. También recordaba los retazos de esa polka alegre exprimida del violín de Thomas T. La gente bailaba y pasaba las botellas de ron de caña de boca en boca, por encima de las cabezas, por entre las parejas de alegres retozos, por entre los gritos y las risas contagiosas, y Viviana bailaba y reía; sí, bailaba con Elías Artel, el hermano de Nathaniel, y en la mitad de la pieza la pareja salió al patio donde permanecieron silenciosos, luego volvieron a confundirse con la alegría desaforada reinante en la sala. De repente algo insólito ocurrió dentro del recinto: Viviana y Elías se trenzaron en un beso largo y apasionado, y apenas si dispusieron del tiempo suficiente para desanudarse cuando varias vertientes de sangre inundaron la sala; ella alcanzó a exhalar varios gritos histéricos. Entre los músicos, el arco se detuvo sobre las cuerdas del violín como en una imagen daguerrotipada de antaño. Hubo una fracción de instante de silencio seguido de otra de consternación, luego estalló el alboroto turbulento y los tropiezos caóticos, todos trenzados en un barullo sin fin y salpicados de sangre tibia. Se necesitó mucho tiempo para volver a la calma. Mientras tanto, en el suelo, el muerto se desangraba.

En la Bahía Magdalena, Nathaniel ultimaba los detalles de la fuga, el murmullo lejano de los gritos histéricos de las mujeres llorosas le llegaba mezclado con los aullidos tristes de los perros desde detrás de las montañas. Y la risa resonante de Viviana dando vueltas locas en su cabeza... A esa hora el cadáver de Elías reposaba en una cama sencilla

improvisada en la sala de su hermana, Iris. Ya lo habían bañado y vestido con su camisa blanca, su vestido negro y su corbatín vinotinto de los domingos de Pascua. Tenía los pies desnudos, los dedos gordos atados entre sí con los tirantes de una enagua de mujer, los nudos en forma de mariposas para, según lo explicó en voz baja alguien en la puerta, impedir la fuga del asesino. El cadáver lucía un rostro mucho más risueño en su indumentaria de gala, aunque no tuvieron tiempo de afeitarse la barba de cinco días; parecía demasiado alegre para ir al cielo, y excesivamente bien endomingado para descender al infierno. Seguramente, todos coincidieron en pensar lo mismo.

De tiempo en tiempo Nathaniel se levantaba de su puesto de espera para consultar las condiciones meteorológicas. Miraba la marea, el firmamento, las estrellas, medía la cantidad de viento que pasaba por entre los dedos de la mano y hacía otros cálculos de rigor, como buen marinerero que era. Todo obraba a su favor; a sus pies el mar traía olas sosegadas, el cielo despejado y sin nubarrones, las estrellas colgadas del cielo y reflejadas en el mar como fulgentes lámparas a sus pies aún esperaban para servirle de rosa náutica, el viento soplaba tibiamente del nordeste. No obstante contar con toda la complicidad de la naturaleza, Nathaniel vacilaba y esperaba, sin saber motivos. Para apaciguar la tortura de la espera absurda se sentó dentro de la canoa a sacarle punta a un pedazo de palo que llegó flotando sobre las olas. Por primera vez desde el alboroto, se detuvo a mirar el cuchillo con que había asesinado a su hermano; lo sintió todavía caliente en la palma de la

mano. Tuvo la casi certera impresión de sentir la sangre tibia corriendo fluidamente entre los dedos, por el antebrazo, luego cayendo gota a gota sobre las piernas, llenando la canoa con ese líquido espeso, color agapanto al alba, coagulándose fríamente entre los dedos de los pies, alrededor de los tobillos, luego rodeándole todo el cuerpo como una gelatina densa y viscosa. Metió la mano con el cuchillo en el agua hasta el codo para espantar ese horrible pensamiento. Pensaba en el muerto, en su hermano menor; a esa hora del alba estaría frío como el mármol. Todos en la isla de San Macario sabrán la noticia y vendrán por familias enteras a verlo y a consternarse ante el horrible crimen. Recordó, cuando niño —tendría unos siete años—, la abuela les contaba que los muertos del domingo no iban al cielo ni al infierno, sino al mar. Esa evocación lo llevó a forjar la imagen transparente, luego fosforescente de Elías, rota en todas las olas del viaje, y el eco resonante de la risa de Viviana, aquella mujer que noche tras noche había arrullado tantos sueños sensuales bajo la piel de Nathaniel.

La cortina parduzca del amanecer se abría lenta y ceremoniosamente sobre los confines de los mares, y las estrellas se apagaban una por una. Nathaniel pensó por primera vez en su juicio, deseó en voz alta que vinieran pronto a detenerlo. No se sentía capaz de entregarse por su propia cuenta, tampoco se sintió lo suficientemente libre para abandonar la playa. Por otra parte, no estaba muy seguro de que supieran que él era el asesino, duda que lo preocupaba sobremanera ya que él sólo aguardaba el momento

de su detención para descargar toda la fetidez de su conciencia. Empezó a asomarse el sol por el filo aún plomizo de la mañana, mas nadie vino. Para él, esperar era su cruz a cuestas; su conciencia se convirtió en su juez, el mar en su prisión y el tiempo en su condena.

El día transcurrió sin novedad y el atardecer se desmayó en gajos de crepúsculos sobre el horizonte. Con la impaciencia en su paroxismo y el nerviosismo a flor de piel, Nathaniel siguió aguardando el instante de su detención, mas nadie se asomó. Había escuchado rumores lejanos de llantos e histerias hacía dos horas. Debió ser a la hora del entierro de Elías. Luego la isla se apagó: mudo, sordo, ciego, aletargado. Él esperaba aún; pensó en los ojos del muerto... y ese eco de la risa resonante de Viviana.

Saint-Nazaire, 27 de julio de 1984



## ▪ DUBITACIONES EN CRECIENTE

ES POSIBLE QUE SEA ELLA. Nuris. Pero no. Además, ¿cómo confirmarlo? Fácil: levantarme decididamente de la mesa y caminar sin vacilación los cinco pasos que nos separan, saludarla cortésmente —aunque lo más seguro es que me mire con toda su carga de consternación, sin responder—, luego excusarme por el estorbo causado, antes de interrogarla tímidamente sobre cualquier casualidad de que ella pudiera llamarse Nuris y ser oriunda de un pueblo olvidado en los confines de algún mapa, llamado Santa Betulia. Entre mis recursos también cuento con la posibilidad de salir de la duda sin necesidad de tener que embarcarme en situaciones embarazosas; simplemente basta llamar el nombre «Nuris», y si responde con la voz, la mirada asombrada, una sonrisa, entonces ella es, sin ninguna duda. Sin embargo no es descartable la posibilidad de que por alguna coincidencia lejana ella también se llame así, que tenga la misma apariencia física de la cara, los mismos contornos de cuerpo, el mismo color de piel sin que sea la Nuris tan largamente buscada por mí desde aquel domingo de fiestas.

La muchacha solitaria ocupa la mesa del rincón de la terraza-bar del hotel. Puede que esté esperando a alguien; no lo sé. Reclinada contra la barandilla, los pies montados sobre otra silla, consulta distraídamente algo como una agenda de direcciones que acababa de sacar de su mochila de fique. Es evidente que ha venido a disfrutar de su domingo de playa, puesto que vestía traje de baño.

Al frente, se despliega la ancha explanada de arena color triguero de verano, plagada de bañistas —señoras púdicas de buenas familias, muchachas de encantos nacientes, sobre todo— en su llegada anual. Aprovechando la bondad temporal del clima, ellas vienen a tirarse en las playas como ballenas varadas al sol. Más acá, los niños construyen y destruyen castillos de arena entre silencio y risotadas; al frente, un poco más lejos, está el mar azul dormido bajo el mes de julio. Dos diminutas colinas de rocas escarpadas limitan ambos extremos de la playa. No obstante la distancia de mis fuentes remotas, este paisaje me vuelve a despertar recuerdos de antaño, de mis tiempos de vacaciones de colegio, que repartía equitativamente entre el mar y el aire, o sea entre la playa y las cometas. Solitario, me gustaba caminar por los litorales y acantilados en las horas cercanas a la puesta del sol para sentir el agua aún tibia, en olas desfallecientes, entornando mis tobillos; era una hora nupcial con el sol crepuscular sumergido hasta la mitad en el cáliz inconmensurable del Caribe. A esa hora mis pisadas sobre las piedritas sueltas y entre los residuos de conchas marinas iban asustando los cangrejos, apareados en su éxtasis de euforia.

La mesera vino, ella pidió un Vittel, luego yo pedí una cerveza Kronenburg. Escuché su voz y era la misma con la que Nuris hablaba. Hasta el último de sus gestos correspondía a aquellos tan largamente añorados: la manera de sostener el vaso con tres dedos, el sorber lento y distraído sin pestañear, el hábito de pasar continuamente ambas manos sobre los cabellos desde adelante hacia atrás, aunque estos estuvieran satisfactoriamente peinados. Transcurrió un tiempo —tres cuartos de hora, tal vez— y ella siguió en su muda contemplación, sin que nadie viniera en su busca, siguió alternando el Vittel con el silencio y la soledad, sin prisa, indiferente a todo escenario. No es posible que sea Nuris —pienso—. Pero en última instancia, ¿quién confirma esa negación? La última vez que la vi ella estaba de pie, reclinada contra la puerta de madera, esperando que yo le entregara el anillo de oro con montadura de esmeralda tallada. Además de haber venido a reclamar el anillo, llegó con el propósito de entregarme también una máquina de escribir que yo le había prestado, y aprovechó la oportunidad para decirme adiós. La veía parada contra la puerta como un *collage*, llorosa, en su uniforme de colegio, falda azul índigo, blusa roja. Yo me encontraba sentado sobre el borde de la mesa frente a ella, tratando de disuadirla de su terquedad, de convencerla sobre la necesidad de continuar con lo nuestro. Sin embargo, ella permaneció inconvencible.

—¡Vengo a buscar mi anillo y lo quiero ya! —repetía lacónicamente.

—Nuris, espera, ahí está —dije con tono amable—, pero podemos conversar un poco, ¿quieres?

—No hay nada de qué conversar. Terminamos de una buena vez por todas.

—¿Por qué, Nuris?

—Es mejor que nunca sepas el porqué.

—¿Te he dicho algo indebido? —interrogué sondeando por posibles culpas.

Ella se mantuvo callada y yo, al darme cuenta de la sequedad de mi boca y garganta, hice lo mismo para aguardar a que ella rompiera el silencio con algo cuerdo. Durante ese tiempo sin palabras mis ojos buscaron los suyos a través de la densa penumbra del cuarto para intentar un último acto heroico, el de resucitar en sus labios la sonrisa condescendiente de todos los domingos anteriores, mas todo esfuerzo fue vano. Tomé ventaja de su posición estática para intentar tomarla de la mano como antes lo hacía; se liberó con un salto brusco. Permaneció refractaria a mis ruegos e intransigente en su decisión.

—Quiero mi anillo —dijo después de una larga pausa—, es un regalo de mi mamá para mis quince años y lo quiero conservar.

—Muy bien, Nuris. Ahora que te estás mostrando más sociable, dime, ¿eso cuándo fue?

—Ahora no importa saberlo. Lo que debes saber es que me entregarás el anillo enseguida.

—¿Y si no...?

—No me lo tienes que entregar a mí —dijo con furia incontrolable mientras abría la puerta—. Lo entregarás en la inspección de Policía.

—¡Nuris! —la llamé, le retuve el brazo delgado en mi mano y sentí sus rápidas pulsaciones—, no quiero quedarme con tu anillo, aquí está —dije mostrándoselo—, es tuyo y soy consciente de lo que representa para ti. Sólo quise hablar contigo por última vez, pero tampoco pretendo lograr el diálogo a la fuerza. Tú más que nadie sabes que odio la violencia. Comprendo que viniste a buscar esto y también sé que no me quieres volver a ver y que tampoco piensas decirme adiós, siquiera. No importa. Ahora no tienes que explicarme nada; tampoco te lo exigiré, a veces es menos fatal el permanecer en la ignorancia que el llegar a clarificar ciertas dudas. Yo no represento nada para ti. La vida es tuya y por lo tanto nadie está en derecho de decidir lo que debes hacer con ella. No creo que sea el momento para sermones y consejos; no obstante, te digo, si algún día te hace falta el afecto de alguien trataré de estar detrás de todas las puertas frente a las cuales tú puedas pasar, y por si acaso decidas tocar...

Entonces ella escuchaba con una atención candorosa como lo haría un niño durante su lección de catecismo dominical. Cuando terminé el sermón, Nuris lloraba silenciosamente emitiendo lágrimas cuyas pequeñas gotas alargadas descendían lentamente por sus mejillas redondas. En el cuarto hubo un silencio denso, roto sólo por el tic-tac del reloj despertador encima de la mesa de luz. Ella se pasó el dedo índice por la cara para enjugar las lágrimas; saqué un pañuelo de la gaveta de la mesita y ritualmente procedí a secarle los ojos. Se dejó hacerlo mansamente. Luego me miró con los ojos irritados, en el momento en que deslizaba

el anillo alrededor de su dedo anular derecho. Movié la manija de la cerradura de la puerta y esta quedó ligeramente entreabierta. Ella permaneció inmóvil y vacilante sobre el umbral como esperando la repetición de alguna frase conciliatoria de mi padre. Desde la mesa, Nuris no era más que una silueta espectral oscura y lejana, vista a contraluz entre el marco de la puerta y el chorro repentino de claridad que invadió el cuarto al pasar alrededor de ella. Siguió esperando. Entonces dije: «Adiós, Nuris». Dio un primer paso torpe hacia adelante como si sus pies sólo respondieran al estímulo de mi voz. Luego caminó con pasos lentos y medidos hacia la escalera. Por mi parte, yo caminaba descalzo tras ella. Cuando descendíamos la escalera hombro a hombro, me miró fija y profundamente, ahora sin odio ni rencor; hasta iba a esbozar una sonrisa en los labios, la cual retuvo al ver la rigidez de mis facciones. Al salir a la calle un pequeño torbellino de polvo y hojas secas la obligó a voltear la cara hacia la puerta, desde donde yo la veía marcharse en su viaje sin retorno. Pasado el viento, se acomodó nuevamente el chal color crema leonado y empezó a alejarse lentamente. Cuando hubo hecho diez pasos aproximadamente, dije: «Nuris» y ella se detuvo sin voltear la cabeza hacia mí, y agregué: «Adiós y felicidades». Cuando llegó a la esquina ya lloraba. Solo de nuevo, pensé que luego de que mi sermón la hubiera sensibilizado bastaba con decir una sola palabra, y esa palabra la tenía en el borde de los labios y sin embargo no quise pronunciarla. Ella se fue. Estuve triste porque después de catorce meses de estar sintiendo su piel tibia y tersa adherida a mi cuerpo, iba a ser

difícil desprenderme de ese recuerdo perseguidor, iba a ser difícil hacerme ajeno a su olor de flores silvestres y a la rítmica tibieza de su respiración sobre mi pecho desnudo, y más que todo, al recuerdo viviente de la forma esbelta de su cuerpo transfigurado en deseo bajo la penumbra de la luz verdosa y difusa de la lámpara de noche. No obstante las razones para engendrar nostalgias, nunca me arrepentí de lo sucedido puesto que lo hecho, hecho estuvo.

Por un tiempo no podía evitar buscar su cara en el rostro de cada mujer. Su imagen ubicua me perseguía por doquier, y en el momento de mirarle los ojos a una mujer la máscara de Nuris se interponía entre mis ojos y los de todas las mujeres. Con los años, los viajes, las ocupaciones y los cambios de afectos que estos conllevan, poco a poco logré liberarme de esa persecución sin tregua, y si bien pensaba en ella a menudo, esto no se convirtió en una obsesión reincidente.

Ahora mismo es posible que ella esté sentada junto a mí, después de diez años de ausencia, y casi en la antípoda. Claro, es fácil averiguarlo, pero si estoy disfrutando de todo el sosiego que puede brindar esta playa de verano, ¿qué sacaré de la constatación de su verdadera presencia, salvo la renovación de añejas angustias? Saber que en realidad se trata de ella, que se casó con un extranjero en unas bodas estrepitosas, que ahora tiene hijos —y que ninguno lleva mi nombre— y que vive en una metrópoli deslumbradora de luces, con plazas y avenidas con nombres de héroes históricos, sólo volverá a abrir cicatrices viejas cuyas heridas por dentro nunca fueron sanadas totalmente.

Se levantó de la mesa, se acomodó la mochila de fique al hombro y pasó caminando lentamente junto a mi mesa. Fue entonces cuando vi el anillo de oro con la montadura de esmeralda tallada que llevaba puesto en el dedo anular derecho.

La miré fijamente; ella también me miró y sonrió. Bajó la escalera, atravesó la explanada de arena con pasos medidos y pausados. En la mitad del trayecto alguien gritó un nombre de mujer el cual no escuché bien. Ella se detuvo por un instante, luego retomó la marcha, entró al agua, el mar se cerró alrededor de su cuerpo y se perdió entre la multitud y las olas del mar estival.

Saint-Marc-Sur-Mer (Loire Atlantique), 29 de julio de 1984

▪ DIVAGACIONES  
PARA UNA CARTA A  
NEREIDA DEL MAR

NUNCA HABRÉ DE VENGERME de ti por el silencio en que me tienes. Te escribo y me conformo con esperar y pensar que estarás ahí, sin saber si vas o vienes. A menudo te pareces a las gaviotas que nunca se van, otras veces a las golondrinas que nunca vienen y que siempre están yendo, alejándose, alateando frenéticamente contra todos los vientos y hacia todas las inmensidades, mientras sólo trato de alcanzarte con mi voz; alcanzarte para mirar largamente tus ojos de mar sigiloso, contemplarte por muchas noches porque ya no me quedan palabras con qué decirte nada, ya las he soltado todas al mar y al viento en busca de tus oídos. Ahora sólo te puedo contar de soledades seculares, esperas interminables y absurdas, nostalgias varias, episodios a medias sobre viajes al azar y vuelos furtivos... o tal vez hablarte de cosas simples e ingenuas, como viajar en un barquito cubierto de techo de vidrio por los laberintos acuáticos y canales entre las calles y plazas, desembocar al río Amstel, seguir hacia el Zuiderzee y pensar más intensamente en mis nostalgias.

A esta hora del crepúsculo, cuando el sábado se va despedazando en gajos de mosaicos amorfos sobre los puentes y canales, por la puerta de un bar cercano las notas de nuestra canción de colegiales salen ondulando lentamente de los rincones del pasado sobre el aire vespertino de un pentagrama destrozado. ¿Recuerdas aquella canción? Por un tiempo fue la marcha triunfal de nuestro amor, algo así como el himno nacional de nuestro idilio. ¿La recuerdas ahora? Todavía sigue siendo nuestra; no obstante, los silencios superpuestos han cambiado los sitios de las notas, para que nos suene más bien a réquiem. A ti, ¿no te suena así?

Mientras espero en vano tu carta vuelvo a recordar aquello que siempre esperábamos juntos, pues era lo único que queríamos esperar. ¿Recuerdas? Éramos niños, y de tanto pensar durante todo el año en la llegada de Santa Claus, los diciembres soñábamos con el tío legendario, trotamundos y bonachón, que pasaba por la isla todos los años en la época de Navidad cambiando en todas las casas el pan verdadero por otro más parecido al pan, pero de plástico; le quitaba el mendrugo de la boca a los niños y cuando estos lloraban les daba banderas con cielo, rosas y estrellas; volvía en enero y los encontraba jugando aún con sus alegres banderitas de carnaval en una mano y la otra con dedos todavía entreabiertos para crisar el pan tibio de casa. Con el tiempo los adultos triunfaron en convencernos de lo fantasmagórico de nuestros rutinarios sueños colectivos con el abigarrado tío legendario, los cuales se debían sólo a impaciencia en exceso e ingenuidad. Por mucho tiempo pensé en la veracidad parcial de la explicación;

sin embargo, ahora más que nunca, ahí está, nos envuelve con sus tentáculos ubicuos y su multiplicidad de facetas. Ahora no sólo cambia panes por piedras y plásticos, también trueca nuestros verbos por silencios, luces y colores por sombras, lembranzas por lagunas, dichas por saudades, rostros y cuerpos por siluetas, fuentes por charcos, canciones por nostalgias, pasiones por olvidos..., sí, olvido igual a aquel en que me tienes sumido desde los tiempos en que el viento y la calma disputaban el canto de las alondras. Como siempre soñábamos con las mismas cosas, no había necesidad de contarnos los sueños; sin embargo, siempre lo hacíamos para escuchar la otra voz otra vez. ¿Lo recuerdas? Eran nuestros sueños dorados contados a la orilla de todas las tardes junto al mar, junto al silencio, sin más testigos que nuestros ojos de mar y coral. En aquellas épocas éramos tan felices con nuestros sueños comunitarios, que vendría por demás la materialización de los mismos. Éramos jóvenes libres y bellos, sin más cruces a cuestras que nuestros caprichos desmesurados, sin más temor que el de llegar a ser adultos.

Creo que tu silencio empezó antes de mi ausencia. ¿Recuerdas aquella tarde cuando cantábamos a dúo tu cumpleaños en la playa, acompañados de la guitarra que tan bien tocabas? Ese silencio frente al mar glauco, de repente una mirada candorosa, luego una sonrisa nítida, y sobre las cuerdas aletargadas de la guitarra tus tenues dedos resucitaron notas jamás antes emitidas, nuestras voces se unieron para entonar alegres aires ancestrales. Te callaste en la mitad de aquella canción que decía:

Anoche se apagó el faro  
y el pirata perdió su tesoro...

¿Lo recuerdas? Entonces no volviste a cantar; yo esperaba a que siguieras, mas nunca lo hiciste. Lentamente te levantaste del tronco seco de manzanillo a la orilla del mar y colgaste la guitarra en una rama sin hojas para que columpiara sobre el mar, a la altura de mis oídos; el último fragmento de sol le dibujó una silueta alargada sobre las aguas sinuosas. Te fuiste lentamente. Sin una palabra, te vi alejar, me quedé sólo con los ecos de las notas inconclusas de aquella canción flotando en el aire como plumas, la noche trajo el viento a teclear las cuerdas yertas y el alba me sorprendió delirando sobre tu ausencia... desde aquel día, desde aquella noche.

A menudo quiero recordarte las nostalgias que nunca fueron nuestras porque las circunstancias opusieron resistencia. Por ejemplo, una despedida de abrazos y aprietos en un muelle ruidoso al alba, mientras el barco suelta amarras, y nosotros, sin palabras, nos quedamos al amparo de las miradas prometedoras. El barco se va separando lentamente del muelle y tú te vas desabrochando dócilmente de mí. Salto a la cubierta, el barco gime su postrer toque de sirena, te grito alguna frase que no alcancé a decirte sobre el muelle, mas no alcanzas a escucharla, y sin embargo me respondes algo que tampoco puedo oír. Te hago señales de mano lerdas para trazar un último intento de gestos de despedida mientras la nave abandona el muelle dejando tras sí un torbellino de aguas cenicientas. No me ves puesto que

estoy muy lejos. Tú te quedas solitaria, tal vez llorando de nostalgia, luego caminas a casa pensando en que pronto amanecerá sobre el mar. Otras veces fabrico imágenes y armo modelos de paisajes y escenarios para ensayar nostalgias de remota procedencia, verbigracia, las de los franceses, alemanes, ingleses que ya no se despiden agitando frenéticamente pañuelos bordados de rosas desde y hacia el puente de un transatlántico vetusto de enciclopedias, sino que lo hacen calmadamente junto a cualquier entrada de cualquier laberinto de un aeropuerto, compartiendo los últimos abrazos cuadruplicados y anhelos de supervivencia; o más tradicionalmente, abanicando con la palma de la mano frente al vidrio desde dentro de un tren que sale reptando lentamente de la estación. Y como si tú estuvieras dentro, tus ojos casi adheridos al vidrio, sin una sonrisa, sin otro gesto, tildando lemnbranzas, armando ilusiones mientras yo te explicara con movimientos lentos de labios y con señas para decirte «cuídate, escribe pronto, no te pongas triste...», y al viaje y hasta la vista. Todo ha sido como la primera vez, silencio. Verte por primera vez en el domingo radiante de tus trece años, con tus ojos de ninfa de los océanos clavados en mi frente, y yo pensando que desde el fondo de todas las deidades esa niña me mira. Las dos miradas se detienen en algún sitio incierto del aire para luego deshacerse como cuando las olas del mar se juntan y se esfuman en espumas. Nos encontrábamos en la iglesia; tú con tu madre, yo con mi padre. Ese día hubo dos cultos simultáneos en el recinto: el culto para todos los asistentes —excepto para nosotros dos— y el culto nuestro propio

con nosotros dos, por nosotros dos, para nosotros dos. Era el encuentro de las miradas elocuentes que expresen sonrisas, escriben palabras, corrigen frases, ¿no es así? Tener siempre trece años para trocar cada domingo labios repletos de salmos por una canción de amor sembrada bajo la piel..., tener dieciséis años y una guitarra profética que me pronostica sobre aves y vuelos que vienen y vientos y plumas que se van. Con el tiempo los gestos reemplazaron las tímidas sonrisas, luego las palabras invadieron el silencio como luces sobre sombras. Transcurrió el tiempo —¿cuánto? No sé, tal vez cinco años, o más bien ocho, o más justamente una eternidad— y la rotación, la espera en la rotación y volvimos a ser como estuvimos en la génesis del idilio —o como antes— con una diferencia, antes estábamos separados por la inocencia y unidos por la densa sombra que abriga a los seres desconocidos; ahora estamos tan próximos el uno al otro y al mismo tiempo distanciados por laberintos intrincables de gruesos vitrales corrugados. Avanzo en la penumbra de luces lejanas para que tú puedas percibir el filo doliente de mi silueta a través de los vitrales, me detengo abruptamente, hago gestos de prestidigitador desesperado frente al vidrio sobre cuya superficie áspera pinto flores y barquitos con los dedos, transcribo notas corcheas y semicorcheas frente al sitio donde supongo que debes estar, tamborileo ritmos conocidos con las uñas sobre el cristal, y al otro lado estás tú, caminando al mismo ritmo que yo, contemplando insensiblemente mis gestos locos de pantomima; caminas en la oscuridad y no puedo discernir tu silueta de la

sombra en que nadas; es posible que me hayas escuchado aunque ya no me oigas; en tus labios ya se murió la palabra, sobre los míos agoniza el verbo. Me pregunto, si en nuestros labios el verbo muere, ¿con qué voces cantaremos su réquiem?

\* \* \*

Navegábamos por mares ignotos en aquel viejo barquito de vela que construimos al borde de la isla durante tantas noches de cantos y risas. Navegábamos sin más rumbos que dejarnos llevar por el viento, sin más brújula a bordo que el azar, sin más faro a la vista que la luna. Una noche la furia del viento nos sorprendió brindando con copas colmadas de dichas añejas junto al visillo de la alborada, y naufragamos; nuestra nave se volvió añicos, se dispersó por todos los mares llevándose nuestros sueños consentidos, nuestro repertorio sin final de puertos de paso, nuestras ilusiones no maduras aún, nuestra soledad ascética; también se llevó nuestros gestos sublimes tan largamente guardados para las magnas ocasiones sin palabras. Todo quedó esparcido, flotando en el viento, penando por andurriales absconditos, buscando manos y dedos donde resucitarse; nuestras palabras de tanto donaire se congelaron bajo la noche gélida, se evaporaron en el día y se esfumaron del cosmos. Crecimos rápidamente, nos maduramos lentamente, nos envejecemos apresuradamente y tal vez no sabríamos construir otro barquito de vela, tal vez no sabríamos donde colocar el primer clavo,

ni el mástil. ¿Quieres intentarlo de nuevo? Es posible que lo podamos hacer. Juntémonos como antes, desempolvemos viejas geometrías, utilicemos las formas y los modelos tan conocidos por nosotros: por dentro la forma cóncava de los cuerpos ardientes y fértiles, por fuera las curvas simétricas de las caderas de las ninfas que vuelven al agua. Mientras yo planto el mástil, tú coses la vela, y cuando estemos listos, zarpemos el primer domingo. Pero ¿qué rumbo tomaremos si el viento rehúsa propulsarnos? ¿En qué brújula buscaremos nuestro norte, si ya nuestros caprichos nunca más resucitarán? ¿Por qué faro nos guiaremos al puerto, si la luna ya no riela sobre nuestros mares?

\* \* \*

En un tiempo nos decían erróneamente «alpinistas». Y no obstante el diccionario reza, «alpinismo: deporte consistente en subir a los Alpes y otras montañas». Nuestra humilde faena se limitaba meramente a escalar otras montañas, lejos de toda posible jurisdicción de los Alpes; además, nuestras montañas eran menos tangibles y más nevadas. Casi nunca sabíamos cómo eran las cimas que pretendíamos coronar, ¿cierto? Tampoco sabíamos verdaderamente para qué lo hacíamos. Nuestras pendientes eran empinadas y macizas, provistas de sitios planos, destinados a reposos temporales, los cuales llamábamos campamentos, a los que adjudicábamos nombres vistosos: Campamento de Junio, Campamento de Diciembre, Campamento de Osiris e Isis, Campamento de los

Nibelungos, el Escondrijo del Graal, el Tálamo de Isolda, etcétera. ¿Los recuerdas todos? Tal vez no.

Al principio todo era tan sencillo que no parecía que escaláramos, sino que camináramos sobre una playa llana entre sol y arena; sólo se trataba de clavar fuertemente al vacío, sin mirar, sin preocuparse del peligro de errar, y las rocas con la montaña adherida a ella venían a disputar el clavo sediento de profundidades. Luego había que tirar la sogá al aire hacia cualquier punto cardinal y esta caía por sí sola, con el nudo de rigor hecho, buscando el centro de gravedad alrededor del clavo. Habíamos escalado tantas cumbres anónimas y bautizado otras tantas con nombres de héroes y diosas sorteados de las mitologías, las leyendas y el azar. A cada nueva cumbre coronada se iba despertando más nuestra vanidad narcisista, nuestra ambición desmesurada y nuestra codicia insaciable de sumarle a nuestro repertorio de triunfos nombres de picos más celestes. Todo entonces consistía en repetir nuestros gestos y movimientos estereotipados de sonámbulo invencible en ese itinerario de ciegos inocentes. Todo el compendio de nuestra historia de montañas, cumbres, campamentos, mitologías, refugios, descenso con cuerdas, seguro de hombros, técnica del glaciar, capucha del anorak, descenso Dülfer, cordada, clavija Fiechtl... se han extraviado bajo espesos calendarios de nieve y silencio desde aquel día en que escalábamos aquella montaña, cuya cumbre habría de coronar la cúspide más elevada de nuestras ambiciones sin límite. Esa era nada menos que la Amatista de los Vientos. Antes, escalábamos llevados de nuestros caprichos inconfesos;

luego, de nuestras ambiciones vanidosas. Resultaba tan sencillo escalar, subir, y estarse ahí columpiando entre el firmamento y el abismo sin estar en ninguna parte en la realidad, con el sólo afán de fuga de condenados, como moscas obstinadas que trepan por la superficie externa del vidrio de una ventana en busca de un pasaje secreto para entrar, mientras otras más desesperadas recorren igual calvario para salir. Y en el ascenso a la Amatista de los Vientos te rendiste resignada e incondicionalmente cuando se trataba de nuestro reto más sagrado. Casi llegando al pico Sumarat, sin protesta, ni queja, ni maldiciones, procediste a deshacer el ascenso empañada en un humilde aire de vencido, cuando aún el sol caminaba a tu favor. Aunque nunca quisiste explicarme el porqué, tiempo después lo supe. Habías alcanzado la altura donde comienza a nacer el vértigo. *Horror vacui*, eso fue. Pero estoy convencido de que en algo tienes la razón. Subíamos y coronábamos cumbres remotas sólo para señalar abajo las cosas de las cuales nos fugábamos, luego descendíamos con toda la humildad que nos cabía, las manos vacías y el espíritu rebotante de dicha.

\* \* \*

Y entonces, de la mano caminarás con él por la playa desierta los domingos solitarios y le señalarás cosas lejanas que no alcanzará a ver aún: pájaros sobre el mar, nubes imitando figuras de fábulas, peces voladores...; le contarás cosas, frases, hechos y dichos que él no entenderá puesto

que tú misma jamás los has comprendido. Sin embargo él escuchará tras una atención sapiencial, sin preguntar ni interrumpir. Le preguntarás «¿entiendes?», el asentirá con gesto de cabeza o un apretón más fuerte de mano, luego tu proseguirás con los relatos fabulosos.

Al final de la playa ambos se sentarán sobre una roca junto a las olas de un mar sin brisa; él tratará infructuosamente de tejer tres tiras de hojas de palmera antes de botarlas al mar mientras tú, en silencio, trenzarás melancólicamente recuerdos superpuestos de distintos tiempos, sin poder deshacerte de ellos como él de las hojas. A través de los años los recuerdos te irán encerrando paulatinamente en un laberinto cuya única salida habrás clausurado y sellado a nunca jamás. Buscarás razones y justificaciones, mas sólo encontrarás explicaciones nebulosas. Sentirás deseo de desahogarte y tal vez no haya con quién. Lo intentarás con él, pero todavía no; no lo entendería aún, situación que no haría sino aumentar tu frustración. Al final de cuentas, sería mejor que él no supiera nada de esas cosas, así que no se las contarás, ni nadie más lo hará; sin embargo, siempre estará ahí la obsesionante idea de la posibilidad de que algún día él te lo pregunte en el momento en que una respuesta aceptablemente convincente se encuentre fuera de tu alcance. ¿Qué le dirías?

En la playa o sobre las montañas lo podrás distraer señalándole allende paisajes frondosos, nubes, cielo, pájaros, árboles, barcos, velas, horizontes, senderos, etcétera, mas si un día de lluvia y silencio, él, por fin, con los años madura la pregunta que siempre habrás de esperar sin haber

querido que llegara el instante decisivo e inevitable de sus siete años, ya a medio camino entre la fábula y el hombre, él preguntará por su padre y sólo le dirás que se encuentra lejos mientras se te ocurra otra explicación más satisfactoria. Y querrás hablarle de mis cartas sin poder acumular el suficiente coraje para hacerlo, porque jamás será nuestro aquel niño que tanto nos ha mirado desde el fondo sublime de todos los sueños.

Amsterdam, primavera de 1984

## ▪ ÚLTIMOS DÍAS DE NOVIEMBRE

NOVIEMBRE SE APROXIMABA rápida e inevitablemente a la última cifra en la hoja del calendario. No había nada de raro ni misterioso en la culminación de ese mes; lo único obsesionante y a la vez promisorio para Samuel era la llegada de diciembre, en cuyo curso habrían de suceder cambios decisivos y radicales en su vida. En efecto, durante los primeros días de diciembre, con el consentimiento del padre, se iba de casa, y esto agregaba más interrogantes disparatados a su ya desbordada curiosidad y a su inculcable mezcla de alegría e incertidumbre al pensar en ciudades que habría de conocer. A pesar de lo ardiente de su deseo, una preocupación inconfesa le rondaba la mente día y noche. Samuel esperaba el momento en que su padre se decidiera a abordar —en conversación de hombre a hombre— algunos temas que ambos siempre habían deseado discutir. Sin embargo, ninguno tomó la iniciativa de traerlos a flote. Samuel tenía veinte años bien cumplidos, y la relación con su padre, desde hacía mucho tiempo atrás, había dejado de ser tensa y lacónica para convertirse en una

especie de complicidad silenciosa, confianza no existente de igual modo con la madre. Su padre estaba plenamente consciente y confiado de su seriedad para discutir con madurez temas de gente mayor. Ahora bien, el hecho de que el hijo ni siquiera aludió a ninguno de los temas esperados constituyó un dilema para el padre. Este no sabía a ciencia cierta si había que interpretar esa conducta sigilosa como debida a exceso de respeto, reserva o discreción o tal vez los tres juntos. Llegando a una rápida conclusión, el padre reconoció, sin embargo, que él había claudicado en su deber de tomar ciertas iniciativas, pero no se sintió arrepentido de ello, pues vacilaba nebulosamente sobre el cómo, el dónde, el cuándo abordar la cuestión. Además, es de aquellos que confiaban ciegamente en la llegada de una ocasión propicia para todo.

A veces, cuando ambos se encontraban pescando mar afuera, los dos solos, en el tedio más profundo del silencio, roto únicamente por el ruido casi apagado de las diminutas olas contra el casco de la canoa, o por el silbido ocasional del viento contra el sedal tenso en el aire, el padre carraspeaba, hacía una pausa corta, y decía: «¿Sabes, hijo?». Otra pausa. El muchacho esperaba y se contentaba pensando que por fin el viejo se decidía a hablar las cosas claramente, mas luego se desilusionaba como un globo que se desinfla al dejar escapársele el aire, en el momento en que su padre empezaba a apostar sobre la clase de pez que acababa de picar la carnada, y de ahí en adelante venía infaltablemente una larga y farragosa cátedra, por enésima vez, sobre los caprichos y los vicios de las distintas

especies de peces tropicales. A Samuel no le quedaba otro remedio que escuchar aplicadamente, asentir cuando el viejo enfatizaba una afirmación o una constatación, responder favorablemente cuando exponía preguntando, en fin, hacerle la charla amena, porque después de todo, era la única persona que le daba al viejo la sensación de ser escuchado atentamente; sabía que no había que dejarse delatar de signos exteriores de cansancio ni aburrimiento. El viejo sabía también que nadie —o casi nadie— lo escuchaba como su hijo lo hacía. De noche, Samuel se daba cuenta de la actitud que adoptaba la madre mientras el padre le hablaba en la cama; esta volteaba la cara hacia el rincón para empezar a emitir unos ronquidos finos mientras el viejo le contaba anécdotas fabulosas. En la tienda los clientes nunca tenían ganas de prolongar una conversación más allá de lo estrictamente necesario, pues querían evitar el riesgo de que, una vez entrados en confianza, él les recordara una deuda morosa desde la Navidad del año antepasado. Algo parecido pasaba con los acreedores; pensaban que él, mediante una conversación agradable, abonaba terrenos para solicitar reescalonamiento de las deudas vigentes o para solicitar nuevos créditos. Por otra parte, se podía decir que debido a su tipo de ocupación —el estar durante todo el día al frente de las tareas de una tienda de víveres al detal— las amistades de fuera del oficio eran bastante restringidas.

El último sábado del mes, desde temprano, Samuel y su padre empezaron a sacar de la tienda las cosas que componían el exiguo inventario de mercancía no aún dada a

crédito, por inservible o por ser de baja demanda. Empujaron el viejo mostrador de madera contra la pared lateral para tener acceso a la puerta que daba hacia la franja de patio polvoriento frente a la Calle Larga; sacaron costales de fique vacíos provocando una desbandada de cucarachas, amontonaron frascos con bolas de naftalina, veneno de ratones, bultos con cemento petrificado, dos cajas pesadas con herramientas y cachivaches varios, una caja con libros y papeles —recibos, vales, pagarés, etcétera— carcomidos por las polillas, una lata con bicarbonato de soda calcificado, varias docenas de latas y botellas vacías, más un cerro de basura no inventariable. Por último, sacaron en medio del patio la caja de madera vacía donde en tiempos prósperos se guardaba la sal destinada a la venta. Provisto cada uno de un cubrebocas y de una escoba en la mano procedieron diligentemente a desempolvar los carcomidos estantes desiertos, de cuya superficie caían grandes e irregulares costras de pintura gris, y a bajar telarañas de los sitios más discernibles entre el espeso nubarrón de polvo revuelto por las escobas.

La tienda se encontraba instalada en una especie de amplio galpón de ladrillos sin apañar y blanqueados con cal, con el hundido techo de zinc sostenido por tres columnas de concreto demasiado pequeñas para resistir tanto peso. Samuel recordó que su padre le había contado alguna vez la historia del local construido hacía veinte años atrás. Él mismo —su padre—, con sus conocimientos rudimentarios de albañilería y carpintería erigió la obsoleta construcción. Con mucho esfuerzo había reunido los materiales y

obtenido la solidaria ayuda de un amigo para asistirle con la parte menos decisiva del trabajo. Cuando estuvo terminado quedó como quedó. Durante los buenos tiempos el viejo se quejaba de la estrechez del local cuya configuración enrevesada no daba posibilidad alguna de ampliación; en tiempos de escasez de mercancía —lo que era más frecuente—, lo encontraba demasiado espacioso y empezaba a reorganizar la posición de los artículos en la estantería, de tal modo que no pareciera tan vacía la tienda. Además, la gente comentaba y para evitar pena había que crear un ambiente simulado de prosperidad.

Una vez despejado el denso nubarrón de polvo junto con las telarañas centenarias, barrieron el cuarteado piso de concreto, luego cargaron agua en baldes desde el grifo del patio vecino, esparcieron detergentes en polvo sobre el piso, le echaron varios baldados de agua y los restregaron con viejas escobas hasta que quedó limpio y oliendo a hospital. Finalmente, limpiaron la estantería con trapos para absorber los residuos de polvo. Toda la faena se llevó a cabo en el más absoluto silencio, sin que ninguno de los dos se atreviera siquiera a carraspear.

Cuando terminaron era mediodía. Ambos se fueron al patio y se sentaron, uno al lado del otro, sobre la caja de la sal. Samuel abrió la tapa deslizante y con un cucharón de plástico empezó a remover los residuos oxidados de sal de los rincones de la caja. El utensilio producía un ruido hueco y distante debajo de la media tapa de madera. Fue entonces cuando el padre, por fin, rompió el silencio.

—Hasta sin sal estamos —dijo distraídamente.

—Dicen que es de mal agüero que a uno se le acabe la sal —dijo Samuel.

—Se nos ha acabado todo, pero era de esperar. El negocio es pequeño, la ganancia es realmente poca, somos siete comiendo de él, la clientela no cumple, los acreedores son inexorables y... no sé qué vamos a hacer.

—Tendremos que pensar en alguna otra cosa, tal vez...

—¿Pero en qué, hijo? —preguntó encogiéndose de hombros—. Yo no sé hacer otra cosa que vender; yo no fui a la universidad, ni siquiera terminé en el colegio, no tengo amigos políticos, tampoco tengo fuerza ni salud para echar pica y pala; sé pescar algo, sí, pero aquí todo el mundo pesca y, ¿quién le compra el pescado a uno? Además, tú tienes que viajar dentro de una semana a estudiar en una ciudad puesto que aquí no hay más, ¿quién te va a costear los estudios? ¿Cómo vamos a hacer? No se puede salir de casa con las manos y los bolsillos vacíos.

—Precisamente de eso quería hablarte, y también de...

—Yo también he estado pensando en ambas cosas —interrumpió el padre—, pero no he vislumbrado aún ninguna solución posible.

—Padre, de lo primero no te preocupes. Plata hay en todas partes; no es nuestra, cierto, pero existen formas honradas de hacerse al dinero ajeno, y es trabajando. Yo me defenderé a las buenas. Eso queda así. Después hablaremos de lo otro cuando llegue una mejor oportunidad y cuando mi madre se halle mejor.

Cuando Samuel terminó de hablar, el padre, silencioso y meditativo, miraba el mar glauco y diáfano perfilado

detrás de los últimos cocoteros de la playa en su preludio de diciembre como si escrutara algo recóndito y lejano más allá de los arrecifes y vientos cruzados de diciembre. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de cuánto se había envejecido su padre durante los últimos dos años; por lo menos diez, pensó.

—¿Qué piensas hacer con la tienda cuando yo me vaya?

—No sé —contestó con tono de duda—. Noviembre siempre ha sido un mes aciago. Diciembre, seguramente, traerá vientos nuevos.

Bogotá, 3 de mayo de 1985





DE *LAS CASAS HUIDIZAS Y OTROS*  
*CUENTOS SOBRE FUGAS*



## ▪ SOMBRAS GEMELAS CONTRA EL MURO

UNA MUJER MUY ANCIANA, encorvada sobre un bastón de palisandro rústico, sus cabellos canosos, los ojos negros aún abrigando las llamas de otros tiempos, toda vestida de púrpura, camina lentamente a lo largo de un muro blanco e interminable frente al mar de las seis de la tarde. El sol dibuja contra la pared una sombra larga, filuda, casi gemela a la mujer, la cual no parece apagarse nunca.

Así era mi abuela la primera, última y única vez que la vi. Y cada vez que me siento para dictarte una carta, esa imagen, como un sol demasiado destellante, se interpone entre mis ojos cegatos y mis sombras íntimas para encandilar todas las nostalgias. Ella se iba, se alejaba. Nunca supe adónde, jamás quise preguntar por el temor a la ausencia de una respuesta convincente. Después nadie volvió a nombrarla. Yo hasta había olvidado esa remota imagen. Cuando los hijos y los nietos se fueron empecé, con los años, a asociar esa estampa con todas las cartas que nunca han sido enviadas, ni siquiera escritas.

Hasta un día, después de muchísimos años, cuando la memoria empezó a llenarse de agujeros y la vista a nublarse

y a deslucir los contornos de las personas y las cosas, volvió a aparecer aquella imagen, al principio difusa, como un espejismo distante bajo las canículas delirantes del mediodía. Con el tiempo la memoria y los ojos se me fueron apagando, veía las cosas lejanas, a veces con apariciones intermitentes, como un faro remoto en la niebla de una alborada gris. Mas lo extraño, lo realmente extraño, es que mientras todas las otras imágenes se iban llenando de sombras amorfas y cenicientas, ese primer recuerdo se iba iluminando con pequeñas luces titilantes cada vez más cercanas, más nítidas, como una nave nocturna mínima rociada con fuego de San Telmo. Ahí todos mis recuerdos se dividieron en dos: por una parte, aquella primera imagen con mi abuela al centro de las luces y, por otra parte, las formas indefinidas y penumbrosas de todas las otras cosas. Fue entonces cuando las dos mitades de los recuerdos empezaron a funcionar como las cámaras de un reloj de arena. Mientras una se llenaba la otra se vaciaba. Luego se invertía el proceso y este se repetía, y así sucesivamente hasta que algún suceso inusual dejara de invertir el reloj. Así era. Yo me alternaba entre ese primer recuerdo y los otros, hasta la noche en que me quedé estancada, anclada y arraigada en ese retrato de la mujer anciana contra el muro, como si permanentemente tuviera ese cuadro único, inmodificable, a la misma distancia frente a los ojos, y aún cerrándolos, como si incluso decorara todos los rincones de los sueños.

A menudo pienso que tú debes estar aburrido conmigo, mi muchacho. Pues, yo te llamo siempre para que

me escribas cartas, sin que yo misma sepa a quién, y sólo te cuento galimatías y disparates. Ahora que te hablo de esto, creo que lo de las cartas es sólo un pretexto para entregarme a la autoconmiseración, una especie de boya para ayudar a sacar las nostalgias a flote. De vez en cuando empiezo a discernir minúsculos puntos luminosos y danzantes en las nebulosas allende de la memoria, y ahí es cuando te llamo para dictarte las cartas imaginarias. A mi edad, entre los noventa y los noventa y cinco años, no estoy segura de cuántos, el esfuerzo titánico de tratar de juntar el pan, el vino, la música y el amor en la misma mesa despierta otros seres con quienes uno ha convivido sigilosamente por largos años.

Ahora que tú me escuchas, siento que en alguna parte muy profundamente dentro de mí algo amanece, alguien se despierta... Cierto. Quizá la llama que acompañó la primera imagen de Pablo. Yo solía ir a nadar sola en el riachuelo que quedaba cerca de la casa, en las horas de la tarde, casi a la entrada de la noche cuando la calma invadía la isla. Iba a un remanso de aguas cristalinas cubierto en gran parte por un techo de lianas donde no podía ser vista ni espiada fácilmente; allí me bañaba completamente desnuda; me sumergía en el agua hasta el cuello en una entrega púdica y sensual. Una tarde, a pesar de mi cautela, ocurrió algo imprevisto. La quietud del agua y el silencio del ambiente fueron interrumpidos por una avalancha de agua y troncos pequeños de árboles secos procedentes de corrientes arriba, donde seguramente había llovido copiosamente, y me arrastró a la orilla. Allí me quedé atascada entre las

lianas, totalmente indefensa. En un primer instante sentí que me estaba ahogando, pues mis trenzas estaban enredadas entre las lianas y la fuerza de la corriente me mantenía la cara bajo el agua. Traté de gritar por socorro pero fue inútil. Cuando pensé que ya no había ni el mínimo vislumbre de esperanza sentí la fuerza providencial de las dos manos que me asieron por la cintura y me levantaron del agua. Cuando recobré plenamente los sentidos me encontraba acostada de bruces; sentía una ligera picazón en toda la piel por las minúsculas espinitas del tapete de mimosa púdica que me servía de lecho improvisado. Volteé el cuerpo lenta y trabajosamente para quedarme bocarriba. Pude ver al hombre algo lejano y brumoso, agigantado, sonriente, arrodillado a mi lado. Al percatarse, después de todo, que yo me encontraba desnuda, él se quitó la camisa de rayas rojas y azules que llevaba puesta y me cubrió desde el ombligo hasta las rodillas. Me tomó la mano izquierda entre las suyas mientras me consolaba diciéndome que me tranquilizara, que todo había pasado, y que no había de qué preocuparme. Le pedí que me buscara la ropa sobre la playuela de la otra orilla. Pablo tomó la dirección indicada cruzando el riachuelo donde el agua le alcanzaba apenas arriba de las rodillas. En ese momento no tuve una sensación de vergüenza por mi evidente desnudez delante de un hombre, además desconocido y el primero en verme en ese estado. Más bien era una especie de mezcla de mudo agradecimiento y el nacimiento de una inocente complicidad. Pues, más tarde yo le pedí a Pablo que guardara herméticamente lo ocurrido para que

mis padres no supieran nada. Él me hizo prometer que yo no volvería a ir al riachuelo sola. Así lo hice. Además le confíé mi secreto mejor guardado. Yo solía escaparme a ese sitio idílico durante las noches de luna llena mientras mis padres dormían. Él me tomó de ambas manos y me ofreció su humilde compañía para cuando deseara volver. Después de aquella noche cuando fui salvada de las aguas por Pablo, nuestros encuentros tímidos a medianoche se volvieron semanales, y a veces hasta diarios. Al principio sólo éramos unos castos adolescentes. Sólo nos bañábamos plateados por la luna en el agua, luego conversábamos de cualquier tema. Al final él me acompañaba sigilosamente hasta la ventana de mi cuarto. Yo me entraba y él se despedía con un gesto de mano, un adiós. Hasta una noche, después de bañarnos tomados de las manos, Pablo me llevó hasta el jardín de mimosas púdicas a una docena de yardas de la orilla del agua. Nos acostamos desnudos, bocarriba, aún tomados de las manos, mirando la luna que jugaba a las escondidas con unas nubes migratorias informes. Volví a sentir el cosquilleo de las mimosas púdicas sobre la piel. Él lo sintió también. Entonces empezamos a reír, a movernos, a rascarnos hasta que, sin pretenderlo quizá, nos quedamos abrazados frente a frente. El fuego que brota de la piel, las palabras que se apagan para abrir el cauce a la muda anuencia, la luna pendiendo sobre nuestros cuerpos, casi al alcance de la mano, la ternura que sólo puede expresarse con la yema de los dedos sobre la piel, los labios que se buscan ávidamente, dos cuerpos vibrantes de éxtasis... Todo llevaba inevitablemente al amor y efectivamente allí

llegamos. Noches incontables pasamos juntos en busca de ese pasadizo secreto a ese mundo de sortilegio para que el amor volviera a ser como la primera vez, y aunque en cada encuentro descubríamos una nueva dimensión del éxtasis, llegamos a la conclusión de que la primera vez era absolutamente irrepetible.

Pero así es la vida, muchacho. Lo que por agua viene, por agua se va. A Pablo el agua me lo trajo una noche, y otra, el mar me lo quitó. Antes soñaba con él; lo veía caminando lerdamente, con el saco de lona en que llevaba los implementos de pesca, en el fondo de un océano lóbrego e inconmensurable recogiendo y juntando sus propios huesos dispersos en un jardín sin fin de algas y corales. Y yo veía que el saco estaba desfondado y los huesos se volvían a esparcir sobre el lecho marino. Le gritaba desesperadamente y él no oía, le hacía señales y gestos angustiosos, mas él no veía. Al final siempre me despertaba con el eco del nombre de Pablo en mis oídos, sin saber a ciencia cierta si había soñado o si en realidad había gritado en sueño. Ahora, hasta las pesadillas más fieles en otros tiempos me han abandonado.

Quizá sólo un sueño persiste en no abandonarme. A veces sueño con la imagen de mi abuela, la historia que te conté al comienzo cuando nos sentamos para escribir la carta. Te decía, muchacho, a menudo sueño que veo a mi abuela venir caminando lentamente a lo largo de aquel muro blanco. Yo camino hacia ella, nos cruzamos sin mirarnos, y entonces, en el espejo ceniciento del mar de las seis de la tarde, yo veo que las dos somos iguales, ambas

vestidas de púrpura, ambas encorvadas sobre un bastón de palisandro. Allí la imagen queda estática en el agua en remanso. En el sueño sufro de la angustiada duda porque nunca llego a saber si en realidad soy la misma persona que ella o si con los años llego a parecerme demasiado a ella.

Ahora que te cuento el sueño, estoy viendo cómo la imagen del recuerdo y la del sueño se juntan en tonalidades distintas de púrpura... Ahora veo que el cuadro con las dos, ella y yo, se aleja, se palidece, se aleja... se apaga lentamente; sólo va quedando la penumbra, ya se apagó o yo me estoy apagando, ya me... estoy muriendo...



## ▪ VIAJE A TRAVÉS DE LA TRANSPARENCIA

EL PRESO, SIN ESTAR TOTALMENTE despierto aún, dio media vuelta sobre el lado izquierdo, levantó lentamente las dos manos alrededor del tubo de metal hasta que encontró una posición algo más cómoda y se sentó después de mucho esfuerzo. Tuvo la impresión incierta de haber soñado con formas, ruidos y manos imprecisas y vagas, sin embargo no estaba seguro de nada. Hizo algunos parpadeos rápidos para despabilarse. Luego escudriñó con miradas huidizas la galería y otros rincones de la goleta en busca de su guardián. La nave estaba débilmente iluminada por unas cuantas linternas de queroseno colgadas en cualquier parte del techo, las cuales imitaban con movimientos pendulares el mecer de la nave entre olas y olas. Escuchó el crujido estridente de todas las piezas de madera y sintió las salpicadas heladas del agua al ser sacudido ruidosamente el velamen por el viento. En un rincón, a pocas yardas de él, vislumbró bajo la penumbra ambarina de la linterna más cercana un bulto informe que se movía sobre un montón de sacos de fique que contenían copra.

El bulto volvió a moverse y él escuchó el raspar de un fósforo contra la cajetilla, luego vio la cara ligera y momentáneamente iluminada; entonces pudo constatar que en efecto aquel bulto era su guardián. Después siguió imaginando ese rostro tras la punta incandescente del cigarrillo, y cuando su vigilante lanzó la colilla por la borda, él tuvo la terrible impresión de ver en el extremo de la ígnea trayectoria al hombre que fumaba.

Con las manos aún esposadas alrededor del tubo metálico vertical, el cautivo se incorporó. Sintió la ropa empapada y fría adherida a su cuerpo y también creyó que tenía las articulaciones oxidadas. Abrazando el poste, tembloroso y agotado, empezó a contemplar desinteresadamente el mar, algunas veces negro, áspero, denso, como un inmenso precipicio sin fondo; otras veces gris claro con manchas plateadas de luna en los montículos de las aguas sinuosas. Durante uno de esos breves intervalos de claridad miró el cielo y pudo ver multitudes amorfas de nubes migratorias alrededor de la luna. La goleta ya había empezado a mecerse cada vez con más fuerza cual juguete de las olas. Percibió un vacío helado y amargo subir desde junto al ombligo y detenerse en el estómago. De repente tuvo una necesidad casi irreprimible de vomitar, sin embargo se resistió a ello. Escupió al agua pero no escuchó ni vio caer nada. Siguió en su acción contemplativa sin pensar en el mar, ni en la luna ni en su guardián. Empezó a balbucear palabras y frases con una voz que ya no era la suya.

«A menudo nos creemos muy extraños, pues, yo al menos, hago cosas que no tienen causas, necesidades, ni

explicaciones lógicas, pero cuando pienso en los otros todo resulta más desconcertante. Hacen cosas no solamente absurdas, sino francamente de locura. Ayer vinieron dos hombres, dos policías vestidos de civil, con una sola frase lacónica: “Queda usted detenido”. Ni siquiera dijeron en nombre de la ley; supongo que eso era tan evidente que quedó sobreentendido. Hasta el momento no he hecho ni la primera pregunta, no he averiguado sobre quién lo ordenó, ¿para qué?, ni tampoco he intentado explicar mi inocencia. ¿Para qué? Protestar, implorar atención, gesticular desesperadamente, tratar de ilustrar casos con ejemplos hipotéticos y apelando a supuestos testigos no ayudaría en absolutamente nada. Antes bien, podría enredar aún más la situación, que después de todo, qué importa. Sigo creyendo que demostrar la inocencia propia es como ser el último pasajero de un barco que se hunde: nadie quiere volver en su busca por temor a perder su sitio en la balsa de salvamento. Asimismo, nunca he conocido ley ni juez alguno preocupado por la inocencia del acusado; siempre indagan por su culpabilidad; es por eso que nos dicen “demuestre su inocencia”, mientras ellos se encargan de la parte contraria. Cada vez que nos enfrentemos a dificultades volvemos a estar en un naufragio. Es imposible dejar de pensar en ello. Todo me lleva al naufragio. Ahora mismo, después de veinticinco años, vuelvo a tener veinte años, los tiempos cuando era aquel marinero joven, fuerte y apuesto..., y una noche se desencadenó una tempestad en alta mar, las velas se rajaron como si fueran de papel, perdimos el control del bergantín y el viejo casco de madera empezó a hacer agua.

Corrió la voz de alarma en el sentido de que la mitad de la nave se encontraba bajo agua, entonces supusimos que el desastre era inevitable. Corrimos al único bote de salvamento, y cuando en este no cupo ni un mensaje más, los que aún estaban en el mar nadando tuvieron suficiente suerte para poder asirse a una balsa providencial que se encontraba a la deriva en la insondable oscuridad. Cuando nos creíamos todos a salvo, escuchamos los angustiosos gritos de socorro de una mujer tras los crujidos de catástrofe del bergantín en su postrimer sacudón. Ella sólo imploraba que la salvaran con su pequeña hija de siete años. Y nosotros, petrificados dentro del bote, imaginábamos las miradas apagadas de aquellos sobre la balsa, sugiriendo “ve tú”, “¿y por qué no vas tú que sabes nadar mejor...?”. Y nadie se inmutó; todos quedamos pensando tal vez, pobre mujer, pobre niña. Cuando se hubieron apagado los gritos, una voz impersonal de entre nosotros musitó “vámonos, ya no podemos hacer nada”, y nos fuimos sin ella, sin la niña, sin... Los que tuvimos una conciencia nos hemos sentido eternamente marcados en la frente con el fierro ardiente de una parte alícuota de la culpabilidad por aquel acto vil. No solamente fuimos cobardes sino también egoístas e indiferentes ante el dolor ajeno. Y ahora que soy inocente de cualquier cargo de que me puedan acusar, vuelvo a escudriñar todos los recovecos y laberintos de mi conciencia y encuentro que el único crimen grave que he cometido a lo largo de mi vida es el de la indiferencia».

Mientras el preso masculaba fragmentos de antiguos recuerdos, se oscureció totalmente el cielo y la fresca brisa

que soplaba desde cualquier parte se había convertido en tempestades desde todos los puntos cardinales, parecía, sin que él se hubiera percatado de síntomas de desastre hasta la aparición del guardián a su lado, como compartiendo con él la distraída observación de nada.

—Parece que vamos a tener un viaje poco agradable —dijo el custodio mirando el horizonte sombreado.

—Sí —dijo el otro sin mostrar signos de alarma, como si aquel comentario no tuviera nada que ver con él.

El vigilante se alejó hacia los lados de la cabina de mando. Media hora después volvió con noticias más desalentadoras.

—La tempestad aumenta —dijo preocupado—, y la goleta hace agua como una nasa. No sé qué vamos a hacer.

—No sé —dijo con indiferencia el preso.

—Si la goleta se hunde no tendré más alternativa que soltarte —dijo esperando la respuesta del reo.

No hubo ninguna respuesta. El guardián tomó rumbo nuevamente hacia la cabina, y luego de unos cinco minutos regresó corriendo, llevado del pánico, con la llave de las esposas crispadas en la mano temblorosa.

—¡La goleta está prácticamente hundida, Dios mío! —dijo exasperado.

Buscó a tientas el orificio de la cerradura de las esposas; con el pánico la llave se le cayó al piso, la buscó angustiosamente hasta que al fin la sintió debajo del zapato izquierdo, lo que milagrosamente impidió que el agua se la hubiera llevado. Después de todo pudo abrir las esposas. Durante todo ese tiempo el prisionero ni siquiera se

inmutó. Siguió mirando las aguas lúgubres de la medianoche, con las manos ya liberadas aún inmóviles alrededor del tubo de metal.

—Ya estás libre —dijo el guardián—, vete, sálvate, que hasta aquí llegó mi responsabilidad.

El hombre siguió en su posición de estatua de plaza, sin dar muestras de haber escuchado.

—Vete —dijo el guardián sacudiéndolo.

—Gracias —dijo sin siquiera mover un dedo.

—¿No oyes que la goleta se está hundiendo? ¿Te quieres morir o qué? Vámonos entonces —agregó arrastrándolo.

—Déjeme —contestó asiéndose fuertemente al tubo—, usted puede irse, yo me quedo. Déjeme solo, que necesito silencio para pensar.

—Pero ¿tú que entiendes? —alcanzó a gritar—. ¿Acaso no ves que el barco se hunde? ¿No sabes que si todos aparecen y tú no, a mí me pueden acusar de homicidio por descuido? ¿Y a quién le consta que lo he soltado? Por favor, hombre —le rogó arrastrándolo por el cinturón, pero sin conseguir moverlo—, tengo mujer e hijos en casa.

—Hombre —dijo calmadamente el preso—, si usted anda preocupado solamente de sus propios asuntos, déjeme a mí en paz y sálvese usted, que yo ya estoy a salvo.

Ambos escucharon gritos de pánico a estribor; eran las voces y los gritos de las mujeres al ser alzadas en los botes de salvamento, y los de los hombres que daban órdenes y contraórdenes. Finalmente se escuchó la voz gruesa del capitán gritar por encima del desastre infernal: «¡Todos a boooordo! ¡Vaaaaámonos!»». Fue entonces que el guardián

decidió renunciar a la empresa de llevar consigo a aquel hombre que debía entregar en la otra isla. Llegó justo a tiempo para saltar en la segunda y última barca.

La goleta, ya casi hundida, fue arrollada por tres olas gigantescas consecutivas y el hombre apenas si supo que fue lanzado en volandas y rebotado varias veces sin saber adónde ni contra qué. Sólo llegó a esclarecer algunas cosas muchos días después —debió de ser— cuando volvió en sí, acostado de bruces sobre una balsa providencial, con la cabeza cubierta con un fragmento de lona de la vela. El mar del mediodía dormía en un remanso de cuadro al óleo, y una brisa fresca buscaba su cara debajo del pedazo de tela. Trató de sentarse, cosa que no consiguió pese a heroicos esfuerzos. Levantó la mano derecha en forma de pantalla frente a los ojos que se encontraban demasiado sensibles a la luz del sol. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que aún llevaba las esposas colgando de la mano derecha. Miró a su alrededor y sólo vio el horizonte límpido y transparente recortado por las azules e insondables aguas de todos los mares juntos. A lo lejos divisó tres gaviotas migratorias en las nubes. A lo largo de la balsa casi inmóvil saltaban lúdicamente seis o siete delfines azules. Trató de levantar la cara un poco, miró el agua, pero apenas una sombra sinuosa se interpuso entre él y su rostro flotante. Por un instante se sintió infinitamente feliz y hasta tuvo la casi certera impresión de estar viviendo la ascensión hacia los cielos, pulcro y puro, a través de una vía láctea no hollada aún siquiera por los ángeles más prístinos de todas las eternidades.



**Biblioteca  
Básica DE  
Cultura  
Colombiana**

Este libro no se terminó de imprimir en 2017. Se publicó en tres formatos electrónicos (PDF, ePub y HTML5), y hace parte del interés del Ministerio de Cultura y la Biblioteca Nacional de Colombia —como coordinadora de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas, RBNP— por incorporar materiales digitales al Plan Nacional de Lectura y Escritura «Leer es mi cuento».

Para su composición digital original se utilizaron familias de las fuentes tipográficas Garamond y Baskerville.

Principalmente, se distribuyen copias en todas las bibliotecas adscritas a la RBNP con el fin de fortalecer los esfuerzos de promoción de la lectura en las regiones, al igual que el uso y la apropiación de las nuevas tecnologías a través de contenidos de alta calidad.



MINCULTURA



Biblioteca  
Nacional  
de Colombia



TODOS POR UN  
NUEVO PAÍS  
País. Equidad. Desarrollo.